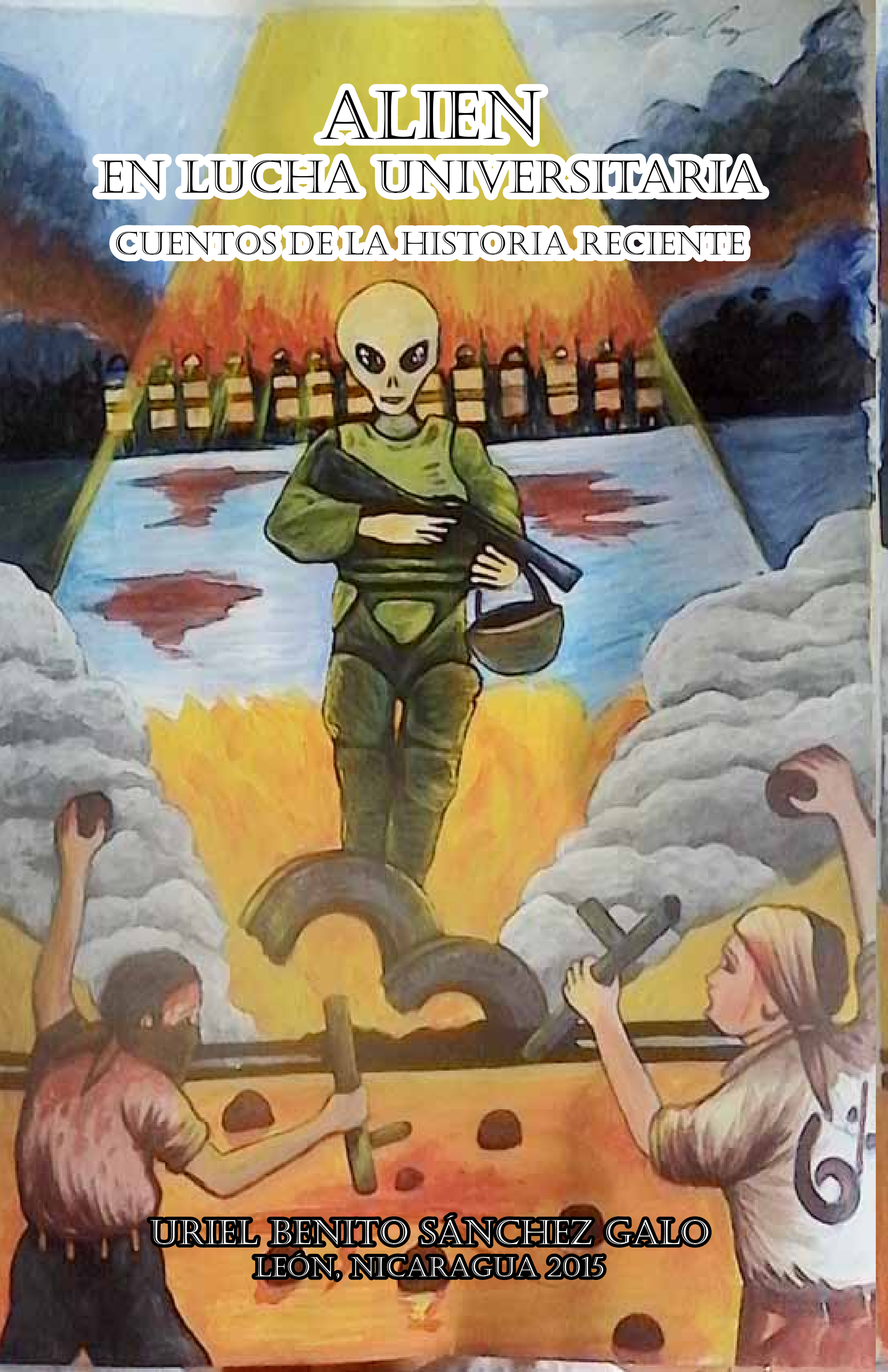


ALIEN
EN LUCHA UNIVERSITARIA
CUENTOS DE LA HISTORIA RECIENTE

URIEL BENITO SÁNCHEZ GALO
LEÓN, NICARAGUA 2015

ALIEN
EN LUCHA UNIVERSITARIA

CUENTOS DE LA HISTORIA RECIENTE

URIEL BENITO SÁNCHEZ GALO

LEÓN, NICARAGUA 2015

ISBN

Título:
Alien en Lucha Universitaria:
Cuentos de la Historia Reciente.
Portada:
Mario Cruz Sánchez.
Diagramación:
Norvin Rosales B.
Revisado por:
Pedro Alfonso Morales.

Índice

Dedicado
A mi familia
y a cada persona
que haga suyo estos cuentos.

El Autor

A manera de prólogo

Franz Kafka

—«¿Qué me ha ocurrido?» —me preguntó.

—¡Nada —le dije a Franz— seguimos siendo pájaros!

En efecto, una mañana, Franz Kafka, amaneció convertido en pájaro y no quiso salir del nido, porque odiaba a las hormigas. Lo llamó su padre el carpintero y no hizo caso al golpeteo. Hasta que llegó un escarabajo al nido: el ave se lo comió y volvió a ser hombre.

Pedro Alfonso Morales, Telica, 08 de junio, 2012.

Mutación

El señor bostezó cerca del bote de basura. El olor fétido, mugriento, hediondo a manjol, le salió por la boca. Estaba cerca de la banca vacía de impetuosos perros callejeros.

De pronto, se escucharon pasos… Era un caminante alto y fornido de tez clara. Vestía de negro y se le acercaba. Las botas negras brillantes se estacionaron cerca del ser humano alumbrado por una melancólica luna.

—Hola señor.

—Hola— respondió el harapiento.

—¿Parece que a usted le agrada la basura? —preguntó el caminante.

Tosigoso el viejo malandrín de años mozos,contestó:

—Sí, me gusta.

—¿Ha comido algo últimamente? —preguntó el desconocido, tocándose la bolsa trasera del pantalón.

—No, ni tengo por qué comer —contestó el pordiosero.

—Y eso ¿a qué se debe? ¿Por qué lo hace? Si sigue sin comer se va a morir de hambre—dijo el hombre que antes caminaba rápido.

—Y es que ¿vos sos metiche? Pero te voy a contestar. No moriré: he encontrado por cosas de la vida, la forma de no digerir líquido o solido por la boca y así subsistir —dijo el que absorbía y hurgaba plácidamente el olor del bote de basura.

El hombre vestido de negro se sorprendió e hizo un gesto nauseabundo y pregunto:

—¿Cómo es eso? Cuénteme.

—Es que como ser humano, al respirar, tengo el don, la facilidad de absorber energía que se desprende de las materias en estado de pudrición; llenarme con ese idolatrado olor da vitalidad a mis células y rejuvenecerlas.

—Usted ¿qué cree?¿Ah?Éste se la creyó. No andes agarrando la vara. No creas que está hablando con un estúpido, arriba de los palos.

—No hombre. ¡Es la verdad!

—¿Cómo se dio cuenta que podía hacer eso?—preguntó atónito e incrédulo en tono de burla pintoresca el caminante de negro.

—Le contaré… Fue hace años. Vivía de recolectar la basura más preciada en el basurero municipal de Managua. Allí uno absorbe de todo. No sé qué absorbí. Aquí me tiene: tengo 150 años; míreme, sí, pero míreme; estoy como si estuviera de 60, 50, 40, 30,25…

El hombre viejo en harapos fue transformando su estructura molecular hasta llegar al aspecto juvenil. El de tacones altos se asombró; no creía lo que veía, lo que la lógica racional le negaba; el viejo pordiosero con un saco hediondo y sucio era ya un joven.

Se quedaron viendo fijamente. Él rejuvenecido se levantó del piso empujándose violentamente hacia arriba con las manos que se mantenían encima de la tapa del viejo barril; luego se despidió de la sombra oscura en la que se reflejaba como un aura una parte de la luna. El hombre de negro nervioso y con los escasos pelos del cuerpo en puntas dijo:

—¿Qué piensas hacer?

El joven camínate contestó:

—¡Vivir la vida ¡Buscar ropa juvenil!— dándole visibilidad a su rostro.

El asustado, gritó:

—¿Le volveré a ver?

Una voz fuerte y exclamativa se escuchó, ya en la lejanía.

—¡Quizás, cuando mueras!

Esas palabras estremecieron al hombre que yacía inmóvil viendo botellas de ron tiradas encima del pavimento y absorbiendo el aire helado mañanero procedente del fortín de Acosasco.

La casa está triste

Vacía la casa espera a su amada. Dijo que un día llegaría. Han pasado seis meses tan largos como los zapatos de Dios. Ella está inmutable en el lugar de siempre.

Todos los días la limpio, la irrigo de agua fresca. Huele a tierra mojada. Le agrada, pero no está feliz. Las olas de aire que se estrellan en la pared de tablas viejas pintadas de blanco, se disipan por la puerta abierta como grandes dedos que buscan el mar.

Enciendo el radio: quizás, el sonido de la música, la traiga del mundo distante y aterrice en el planeta; mientras falta el toque femenino, el sopor, la presencia de la diosa.

La casa está triste: llora por las noches su soledad. El patio también. Me lo comentan. Yo lo entiendo. Les acompaño en su dolor.

La carga

El hombre despedido de su trabajo dentro de la mina, enrumbó sus pasos a las afueras del yacimiento, después de seis meses de un contrato deplorable. Encontró energía solar y se llevó consigo las entrañas de la tierra por siempre.

Mejor me hubiera hecho el loco

Casi no pude verlo; el carro lo había chocado. Corrí a ayudar como filántropo escaso en estos lugares al accidentado. Se agarraba con fuerza a la bicicleta, quejándose de dolor y maldiciéndose; mientras el vehículo se daba a la fuga.

—¿Señor le puedo ayudar?

—¡No gracias! —me dijo.

—¿Cómo se siente?

—¡Qué te importa! —respondió de mala gana.

—Señor disculpe. ¡Si he sabido, jamás,me hubiera…!

—Me vale verga.¿Quién te pidió ayuda? Estoy adolorido y vos estás con esas babosadas.Pendejo.

—Por favor, no lo tome a mal. ¡No quise ofenderlo!

El hombre estaba enojado, asustado, adolorido. Ya decidido, un poco arrecho, le dije:

—Está bien, le dejo.

—Ah!, con que esas tenemos. Me haces la vida imposible, después del choque que por nada me mata, y quieres irte ahora. Así como si nada. Si con el del carro, no me desquité, con vos sí.

El hombre de la bicicleta, sacó un revólver de la vieja mochila y me disparó a quemarropa, el pie derecho. Y comenzó a manar sangre. El dolor me hacía trizas a cada segundo. Lloraba y le veía. En mis adentro:¡un loco! Esperaba lo peor. Tiró varios balazos al aire y luego me abandonó, dejándome tirado y a mi suerte en el centro de la carretera a Villanueva.

—Señor policía, eso es todo lo que recuerdo.

—¿Le conoce? ¿Su rostro lo había visto alguna vez?

—No, nunca le había visto. Claro, después de hoy, su rostro no lo perdería nunca en una multitud. Y con la experiencia, tampoco.

—¿Cuál experiencia? —preguntó el policía en tono sarcástico.

—La de algún accidentado en el camino: acelero o corro buscando ayuda. Pero ¡yo!, ¡solito, nunca! ¡Jamás! Para que me vuelvan a pegar otro tiro de puro aire. ¡Ni que estuviera loco! —exclamé.

El policía sonrió y dijo:

—A veces las experiencias son caras y amargas; dolorosas.

Luego, chupó el lapicero con el cual escribió la narración de la tragedia épica de mi vida. Y lo metió al bolsillo de su pantalón azul marino diciendo una reacción violenta… ¡Ay!

Discusión

No hubo beso, como cuando comenzó el gran amor. Sólo palabras alzadas de tono: traición, irresponsabilidad e irrespeto. Al final, aquello fue cediendo terreno poco a poco dentro de las sábanas.

Descubrimiento

Atardece frente a la costa.

En un balneario desconocido de rutas turísticas: allí la quietud, la alegría. Aquella belleza intrínseca de escasas personas, selva y campo virgen, desapareció al llegar por vez primera y para siempre, el visitante.

El Punche de Oro

La noche silenciosa se petrificó por el sonido y vaho que se desprendió de un carro que venía contra la vía en pleno centro de la calle. Alrededor de la *Plaza 23 de Julio* la basura tirada al suelo era uno de los paisajes visto desde el cielo; no había forma de ocultarme en las bancas pequeñas; no era suficiente escondite. Pensé también, que no había cometido crimen alguno, ni asaltado un banco; así que seguí caminando.

Estaba asustado. Hacía tres días, el diario local *Nuevo León*, en primera plana, aparecieron fotografías de seis personas detenidas por la *Policía Nacional* llevando en sacos de bramantes, famosas reliquias de diferentes iglesias y unas cuantas ropas usadas de alto costo. Lo preocupante es que esos hechos sucedieron en el mismo lugar y a la misma hora donde me encontraba.

Seguí caminado, tomando el semblante de un prestamista que cobra .A la vez erguido, altivo, mirando la estructura muerta del Teatro González en la lejanía. En mi desesperación disfrazada vi estacionarse a un carro color negro, induciéndome a aligerar los pasos.Luego escuché una voz ronca, con el último suspiro del motor.

—Oíme Matilde, Oíme Matilde. Espera, Matilde, soy yo, tu broderazo.

A través de la ventanilla semiabierta salía esa voz ronca, igual que muchas conocidas en diferentes circunstancias. Se abrió la puerta del carro. Se apeó Bayardo, sacudido por el licor y un cigarrillo Alas que hacía de luciérnaga al unisonó sorbo. La ola de desesperación desmayada por el conocimiento de aquella persona apreciada, motivó un saludo de hermano a hermano.

—¿Qué pasó fiera? ¡Quiuvas! ¡Cómo que andamos en la mera nota!

—¡Ya no sabés, pues! —exclamó.

Era el mismo alocado, pero apreciado por mi familia en tiempos de adolescencia.

—¿Idiay jodido, que andás haciendo por estos lugares a altas horas de la noche.

—Ando buscando la suerte —respondí.

Se inclinó, penetró en el carro, sacó un manojo de cervezas enlatadas. Lo seguí y en unas bancas frente a los *Billares Lezama*, nos sentamos, ya calmado del encuentro fortuito, por obra y gracia del destino. Comenzamos a platicar con la calma debida.

Me contó que venía de un bacanal marchito por los pleitos y por el pesar de ver a su novia asida a los brazos por un seguro Crescencio.

—¡Ah! Con que andás buscando la suerte. ¿Así se llama alguna guapísima mujer que pulula por la cancha de básquet *23 de Julio*?

Sonrió a la vez que frunció el ceño.

—No, ando buscando la suerte de los billetes, mano —exclamé.

Me ofreció una cerveza, la destapé y la vacié por una boca sedienta de los dioses.

—Hombre, después del Servicio Militar Patriótico, quedaste un poco loco.

—Sí, podría estarlo, después de aquel cachimbeo que tuvimos en Mulukukú con los contrarrevolucionarios; cuando Napoleón pisó la mina y junto a Rogelio Santana,*LaBruja*,volamos por los aires; siendo vos quien cargó de mi 3 kilómetros, hasta llegar al Puesto de Mando. Pero no, gracias a Dios que es tan inmenso; poco tiempo estuve en el hospital.

—Entonces, ¿a qué tipo de suerte te refirís? Porque no me arriesgaría a andar aquí a estas horas de la noche, sino es por unas hermosas piernas.

—¡Bueno, a veces encuentro unas esculturales hembras! ¡Vieras, esos pimpollos! Se podría decir que desde que realizo este hecho de mi vida algo continuo, conozco a todas las trabajadoras sexuales de la calle. ¡Si querés esperamos un rato o circulamos en busca de una de las más apetecidas!

—No brother. Vengo de dejar a Marina, la amiga de Carla, tu prima. Estoy cansado por hoy, de esa placentera situación. Buscando aquí, me suena un poco peligroso. Me di cuenta que estabas en el desempleo y que la negra Eulalia es quien cubre los gastos de la casa, siendo vos el que cuidás de los niños. Todavía lo siguís haciendo.

—Si he buscado trabajo, pero con estas medidas fondomonetaristas del gobierno de Flor de María, me cierran las puertas de los empleos. Visité muchas empresas de las pocas que están funcionando en occidente y nada. Y estoy esperando el golpe de suerte.

—Seguís con eso. En realidad qué es lo que sucede. ¿Podría saberlo? ¿Cuál es tu rebane? ¿En qué andás?

—¡Claro! ¡Por esa amistad que nos unió en los momentos difíciles de la guerra injusta que el gobierno norteamericano impuso a Nicaragua! Donde uno se da cuenta quién es quién. Te lo contaré, porquesé que no sos ningún rajón y no te me vas a ir arriba en caso de que tengas mejor suerte que yo.

Trabajé en la alcaldía de León;fui secretario del alcalde Lupe. La campaña electoral estaba en lo fino y no dudé en ningún momento de que el partido Sandinista en el poder perdería las elecciones. Los partidos derechistasobtenían recursos económicos, además de lo asignado por el gobierno —según decían los periódicos de cobertura nacional— de la Central de Inteligencia Norteamericana y de la empresa privada, una partida hermosa.

No había dinero suficiente en las arcas del estado para darle una partida extraoficial al partido de las mayorías y el gobierno municipal, haciendo caso omiso de las líneas superiores, se entabló en la ardua tarea de obtener financiamiento de la ciudadanía afines a la causa revolucionaria.

Así que con las ramas sólidas del partido, se invitó a los cuadros intermedios para una consulta necesaria. Se estableció la primera reunión comprometiéndose todos a hacer realidad tan necesitada tarea revolucionaria. Escribí los acuerdos, acompañaba al alcalde hasta para ir al baño, porque se temía que un radical de derecha se lo volara de un plomazo. Algunos creían que yo pertenecía a la Dirección General de la Seguridad del Estado. Cosas de cosas: al fin era un simple empleado con un mísero centavo de millones arriesgando el preciado pellejo.

—Pero ¿que discutieron? ¿De que hablaron?

—El alcalde comunicó la orden de la dirección general del partido. Las respuestas no se dejaron esperar y los cuadros intermedios miraron la ventana para solucionar el problema: coincidencia plena.

Los Comités de Defensa Sandinista, los ojos y oídos de la revolución: cualquier movimiento, cualquier respiro mal respirado en las ciudades, el campo, lo tendríamos.Todo se sabía, los CDS eran una de las armas de la revolución, como vos lo sabes; allí en la base estaba la fuente de semejante idea para solucionar la falta de dinero y había que buscarla.

Poco días habían pasado, cuando se acordó semejante empresa; y un día lunes, sino me equivoco, un dirigente igual que otros que se habían presentado a conversar con el alcalde, llegó acompañado de un señor chupado por los años. Pidieron audiencia; una corta información traía plasmada en un trozo de papel. Ésta se le dio al alcalde que recién había llegado de casa; eran aproximadamente las 11:30 a.m. y según me comunicó, se disponía a salir del centro cívico con dirección a un mentado almuerzo trabajo en el bar *Restaurante Sol y Luna*. Cosas raras el alcalde, personalmente se tomó hasta la molestia de agarrarle el brazo al señor y llevarlo cuidadosamente al sillón que él utilizaba, donde ya sentado, hacía de un inminente cacique de antaño, comunicando la razón de su estancia en el local.

—Trae papel y lápiz; escribe que no se te pierda palabra alguna— escuché y comencé mí interrumpido trabajo burocrático.

—Vamos al grano. Con que usted tiene la solución al problema a la crisis.

Por los ojos del alcalde salían todos aquellos malos entendidos de los radicales de izquierda con sus propuestas de solución sin precedentes; como de mandar al paredón al millonario Alfredo Estebes o de confiscarle las tierras al multimillonario terrateniente José Orellanis Cárdenas, su tío derechista y luego vendérselos a alguna transnacional petrolera.

—¿Quién era ese señor sentado en el sillón?

—Era un indígena del pueblo Sutiaba. Decía que la solución estaba en encontrar el Punche de Oro madre que encontrándolo se daría con una inmensa tinaja llena de piedras preciosas o quizás una mina.

—¡Bah!Diacachimba me están cayendo.Para estas babosadas me llamaste, Matilde ¡No jodás!Vospensás, que soy un baboso. Me están tomando el pelo de tonto, no anden agarrando la vara —decía ala vez que miraba la seriedad y firmeza en el arrugado rostro del indígena.

—¡Los voy a mandar a la cárcel jodido, con el alcalde no se juega!—gritó estremeciendo el recinto.

—No, alcalde, la verdad es que él tiene la razón —decía el líder comunal, coordinador de los CDS.

Matilde se llevó las manos al pecho sobándoselas suavemente y moviendo la cabeza en la que llevaba puesta una gorra que decía: *Todo será mejor*.

El indígena Remigio Adiact en el sillón, sacó de un saco de bramantes, cuidadosamente, una tinaja pequeña de aproximadamente 20 pulgadas de diámetro de muchos años de antigüedad; se levantó del sillón con aquella vitalidad que sólo los indios entrados en más de 80 años tienen; la dejó caer violentamente sobre el piso. Al quebrarse un desprendimiento de piedras preciosas se desparramó con hermosos sonidos que sólo lo valioso da.

Sinceramente no seguí escribiendo. Estábamos asombrados, atónitos. El alcalde Lupe, agarró con sus manos temblorosas, el pequeño Punche de Oro. Se le hizo agua la boca. Luego le mascó todo con sus filosos dientes. Me hizo llevar los limones que normalmente traía en la mochila verde olivo,para aderezar el almuerzo. Los partió por la mitad con una cuchilla de protección que siempre andaba asida al cinto. Luego los apretó, regando de ácido el hermoso espécimen. Era oro.¡Era oro!

—¡Es oro! —exclamó.

—Lo ve señor. Lo ve señor.

El alcalde sonreía a la vez que sus ojos cafés demostraban el deseo de poseer lo que ningún mortal leído se atrevía jamás a pensar: la alquimia indígena. Sometida la raza indígena Sutiaba del grupo lingüístico Hokan Sioux al yugo colonial y al capitalismo con su represión Somocista.

Este señor había absorbido la conciencia revolucionaria de Sandino y pensaba tal vez que este aporte ayudaría a mantener la causa revolucionaria que tantas vidas había costado al triunfo de la Revolución Sandinista el 19 de julio de 1979.

El alcalde no salía de su asombro, no lo puedo negar; yo también lo estaba. Díez militantes del partido fueron llamados y reunidos y entre habladurías, hubo una encerrona con juramento a favor o la muerte: como en la revolución francesa. El oro fue llevado y vendido en la capital. La alta dirigencia del partido, le dio vía libre a nuestro alcalde Lupe en continuar hasta las últimas consecuencias en tan preciosa empresa.

—¿Vos estabas entre los diez?

—¡Claro, hermano, después del alcalde es su vice y su secretario! Desde luego, teníamos nuestras diferencias —exclamé.

Un escribano escogido de los elegidos copió la versión del indígena y fueron sacadas fotocopias, haciéndose los folletos en la oficina, contiguo a Relaciones Internacionales, en el interior del edificio municipal, con la debida protección personal. Claro, un secreto de estado. Cada folleto fue entregado a la comisión disfrazada con el nombre de embellecimiento de nuestra ciudad.

El centro de operaciones era una oficina camuflada en el segundo piso en el Centro Cívico *Oscar Somarriba* a la par del auditorio. Y se comenzó a trabajar. El alcalde designó en mi persona, la dirección del proyecto. Sentado en mi escritorio, leí cuidadosamente el folleto arrancado del pensamiento del señor que al iniciar decía: La patria, la revolución me lo agradecerá.

Tomé un lapicero, comencé a subrayar lo que me interesaba; uno de esos párrafos decía que detrás del costado oeste del Asilo de Ancianos San Vicente de Paul vivía este señor, pero lo que me llamó la atención fue lo siguiente: Yo indio del pueblo indígena de Sutiaba según mi árbol genealógico dudaba de la existencia del Punche de Oro.

Todos comentaban en el barrio que existía; que algunos lo habían perseguido y no lo pudieron agarrar, ya que tenía una velocidad mayúscula y otras babosadas. En fin esta gente está un poco necesitada, pensaba, y no hallaban la forma de cómo solucionar sus problemas económicos y hasta pensé en una histeria colectiva.

Uno de ellos era don Pedro Picado, hombre de reconocido prestigio, el cual afirmó ver desde la acera de la iglesia San Juan Bautista de Sutiaba al cangrejo brillante, el Punche de Oro que pasaba caminando velozmente en la plaza e introduciéndose en mi patio a eso de las 11:30p.m., cuando regresaban a su casa cerca del Tamarindon, después de una reunión de alcohólicos anónimos.

Todos creían menos yo. Hasta que un día me levanté como a las 1:00a.m.Salí al patio y miré algo que brillaba a la luz de la luna; corrí hacia él. Era el punche, el cangrejo de oro que corrió de su inminente presidiario, desapareciendo en un orificio practicado en la tierra iguanera. No podía creerlo, estaba en el barco y levantando el ancla de mi cerebro;me dispuse a seguir cuidadosamente el orificio a punta de pala y coba.

Al amanecer y despertarse mis inquilinos, vieron el patio y apreciaron aquel hoyo de desastre. Me decían que era un loco. Todo el patio de los Osejo, estaba patas arriba y yo como todo un victorioso, me tomaba mi respectivo pinol con tamal relleno en mi desayuno.

Enojados mis inquilinos, tomaron palas y comenzaron a tapar el camino hecho zanja, dejando un poco arreglado aquel pequeño desastre para poder circular sin obstrucción en los quehaceres domésticos.Había encontrado la tinaja con su respectivo punche

al igual que otros orificios al levantarla. Uno que seguía con dirección de las ruinas de Veracruz y otros con dirección de las ruinas de Santiago; y lo que me llamó más la atención es que había un orificio de mayor diámetro que comunicaba con la plaza de Sutiaba.

Pasada varias horas agarré un comal para echar tortillas; lo llené de agua de pozo. Y comencé hacer mis respectivas visiones mirándola…Nos reunimos los elegidos. El indígena desapareció de los puntos de acción para siempre, como si se lo hubiera tragado la tierra.La decisión había que tomarla. Había que hacer algo en ese sector tan controversial.

Teníamos las armas y la estrategia y comenzamos a ejecutar con la venia de las líneas superiores. Llegamos al pueblo Sutiaba; planteamos a los líderes de la comunidad indígena la necesidad de revivir el parque que en tiempos de la colonia estaba frente a la parroquia San Juan Bautista y que actualmente era ocupaba por una plaza donde se reunían un cachimbo de indígenas para jugar béisbol en medio de polvazal los fines de semana.

No fue difícil el convencimiento ya que teníamos cuadros infiltrados en la alta dirigencia de la organización comunidad indígena de Sutiaba que nos facilitaron las cosas. Se empezó el trabajo y apunto de palas y piochas. Y unas cuantas palas mecánicas,seguimos ese previo mapa direccional que uno de nuestros ingenieros había realizado de acuerdo con el folleto facilitado; mis consejos y otras investigaciones del terreno.

Efectivo, una zanja continua fue trazada de norte a sur de la plaza frente al pequeño caserío colonial, encontrándose en ella un solo orificio. Era el mismo plasmado en el folleto y comenzamos a seguirlo inmisericordemente; pagamos horas extras; llamamos a los pobladores a la solidaridad con la comuna con los famosos trabajos voluntarios denominándolos, *domingos rojinegro*. Y aun así, nada hermano.

—Oíme Matilde. ¿Y ese orificio lo siguieron bien?

—Claro, los ingenieros inspeccionaban a cada instante la obra.

Todo era digno de ser emulado en actos públicos con una medalla de reconocimiento. Pero en este caso, no la hubo, a tal punto que destruimos totalmente la plaza; al final, ese orificio solo tenía una dirección terminada la plaza, el cual era el costado sur frente a Casa Cural.

Por Dios que ímpetu municipal. Qué barbaridad y ahí estaba el alcalde siempre entusiasmado por su querido proyecto para dar respuestas a preguntas superiores. La desesperación estaba ahí conmigo, así como el hallazgo arqueológico cerca del cenicero en el escritorio del alcalde.

Ahora, como nos echábamos para atrás y remediar aquel daño a aquella plaza tan hermosa en cuyo costado norte, tenía un árbol de mango liso. La chispa salto del cerillo de mi cerebro e inmediatamente hice la propuesta del cierre de campaña en León del partido en el poder. Y nada más y nada menos que en el populoso pueblo indígena de Sutiaba.Muy emblemático verdad.

El alcalde lo aprobó previo consentimiento de la dirección superior. El gobierno municipal proporcionó palas mecánicas, tractores, motoniveladoras, camiones y dejaron planito el terreno. Así,sinmás qué hacer en la plaza de Sutiaba y habiendo razones de peso para la conclusión de nuestro proyecto, se le cambió el nombre para obtener financiamiento internacional; de tal manera que fuese de mayor utilidad a la población; llamándole *Agua potable para tu hermano.*

Y con la aprobación del gobierno municipal, se establecieron los pormenores del asunto y a cada calle se le hacían zanjas, gracias a los trabajadores voluntarios y ya reparadas, les ponían nombre de héroes y mártires nacionales del Servicio Militar Patriótico o de un rebelde izquierdista latinoamericano o europeo en actos públicos.

Ahí estaban los elegidos siguiendo el orificio dentro de la tierra; hasta se hicieron tramites respectivos para colocar alcantarillado sanitario cuando existía la posibilidad de que se encontrara lo buscado; por lo cual, a todos los sectores de la

población le llegaron los beneficios del desarrollo, pasado el barrio de Sutiaba por el orificio donde transitaba el Punche de Oro madre.

Este orificio bordeo a la ciudad León, de tal manera que a todos los barrios se les ponía el servicio de agua potable; tronco de obra estaba realizando nuestro alcalde, decíamos en nuestras reuniones. Hasta que por fin, el orificio se desprendía de una de las últimas calles del barrio Zaragoza y seguía por una línea continua, imaginaria, hacia el centro de la ciudad.

La información se había filtrado; los trabajadores estaban a la expectativa de encontrar y granjearse su parte del tesoro. ¡Y así corrió en la población!¡ElPunche de Oro! ¡El Punche de Oro madre!

Y por donde se hacían zanjas, las personas hacían sus mejoras en sus casas para ver si tenían la suerte. Se conseguían préstamos bancarios para la construcción de viviendas. Y ahí estaba un vigilante de los elegidos y de los dirigentes de los CDS por si algún tapazo se le desprendía a algún transeúnte. La urbanización aumentaba.

El alcalde no se quedaba atrás y en reunión extraordinaria del consejo municipal, creó por decreto, la caja de ahorro para la vivienda digna; se expropiaron las propiedades que tenían en sus tierras el orificio donde pasaba el animal codiciado. Se construían viviendas bonitas de buena categoría que el alcalde entregaba en acto público. Pero el partido en el poder perdió las elecciones y en León se reeligió el alcalde por todo lo bueno que había hecho durante su gestión. La radio lanzaba la noticia en sus ondas hertzianas por toda Nicaragua, poniéndolo como ejemplo a los nuevos ediles.

—Bueno, yo sabía algo de eso pero no así.Desde esa perspectiva. No jodás, entonces, he estado equivocado todo este tiempo. ¿Contame que pasó después.

—El gobierno central disminuyó los recursos monetario en las alcaldías. La burocracia estatal fue disminuida drásticamente;

en fin, lo que estamos viviendo el neoliberalismo militante. Y el proyecto *Agua para tu hermano* fue eliminado del gobierno municipal, pasando a formar parte del Instituto Nicaragüense de Alcantarillado Sanitario.El alcalde pidió un informe final de la búsqueda, así como proyecciones del encuentro deseado. Quedé en el desempleo hermano.

—Pero me dijeron que trabajaste unos días en la remodelación del parque central, aquí cerca de la Insigne y Real Basílica Catedral de la Asunción. ¿Por qué te saliste?¿O es que te mandaron a la verga?

—El alcalde piensa que uno es baboso y que le voy a llenar la bolsa de oro. Todo eso sucedió por lo que te conté.Ya lo ves, se está reacondicionando el parque; se escarba y las mismas bancas quedan en su lugar a los árboles le sucede lo mismo. Cuando trabajé allí y enterré la pala dentro de la tierra iguanera, me di cuenta que estaba allí otra vez el orificio con rastro de un punche de buen tamaño, que desde hacía años se había buscado y que he soñado tener para ser la persona más rica de esta ciudad muerta por el desempleo. Y así poder invertir para el bienestar mío y de la población sufrida por la guerra.

Metí la mano sin temor alguno, quería que el animal me tomara por los dedos y así sacarlo aunque me costara sangre y dolor al final vendrían cosas mejores. Pero lo mismo de los años anteriores. Escarbé siguiendo el orificio, hasta que metí la mitad de mi cuerpo dentro. Alumbré con una linterna por dentro y vi que el orificio se dividía en dos, uno de ellos se dirigía a la majestuosa catedral metropolitana y el otro hacia la parte norte de la misma con dirección a las ruinas de edificios destruidos durante la guerra revolucionaria.

El capataz me vio y a gritos trató de herir mi orgullo, diciéndome boludo de mierda, ponete a trabajar, a lo que le respondí con palabras grosera que hirieron la delicadeza de mi voz. Para que más, no pasé una semana más. El mal nacido, él hijo de la gran puta informó al patrón. Me despidieron.

—Entonces, ¿vistes dos orificios? —preguntó intrigado Bayardo.

—¡Claro, el alcalde supo de mi descubrimiento, tal vez quiso alejarme del lugar, cosas de la vida! Pasado este suceso, a los tres días el alcalde Lupe puso alrededor de toditita las ruinas del centro histórico, mallas metálicas sostenidas por tubos de grueso calibre para evitar que personas transitaran por esos sectores.

—¿Y vos pensaste, que ahí estaba el famoso Punche de Oro?

—¡Claro! Hace días venia del centro comercial a altas horas de la noche; observé ese enmallado y en medio de los mirtos, vi algo brillante en que se reflejaba la luna. Arañé con mis manos el enmallado con alegría de palpitaciones rápidas de mi corazón y salté dentro de las ruinas frente a costado sur de la iglesia de la Merced. Pequeñas piedras no podían ocultarlo: era él, y tenía menos de medio metro de tamaño. Intenté atraparlo, salió en fuga con sus tijeras torcidas dándome la lección que todo tiene un costo. Lo seguí y en medio de unos bloques de construcción, en un orificio desapareció.

Lo había encontrado y a mí también, la policía que me hizo salir corriendo bajo la amenaza de quedar preso si volvía entrar al lugar. Me preguntaron qué hacia allí a altas horas de la noche y le contesté que recién había terminado de hacer mis necesidades fisiológicas.

Pensé en una orden de cuidar las ruinas. Claro, el alcalde Lupe todo lo podía. Luego, la patrulla desapareció. Malnacido dije. Un señor que pasaba se acercó a mí, preguntándome lo que pasaba; me sorprendí; él era uno de los elegidos.

—¿Que hacía a esa hora precisamente ahí? —preguntó Bayardo.

—Bueno, me comentó que andaba disfrazado de loco para poder hacer lo que quería en cuanto a la penetración de las ruinas. A la vez que no solo los elegidos lo sabían, muchas personas de confianza.Bueno fíjate allá —señaló con su dedo índice las ruinas— y mostró a muchos transeúnte, así como también a varias personas sentadas en el parque del Santuario

Diocesano de nuestra señora de la Merced. Por Dios, sí que era una multitud.

—¿Qué pensaste?

—Pensé que el que tenga la dicha y persevera lo tendrá y que no lo deje ir al punche cuando se presente. Así que por esa amistad que nos une, te lo conté.Dicen que hay un Punche de Oro madre en Sutiaba,pero como sabes existe un orificio hasta el mero centro de la ciudad. Así es que como existe este, tal vez exista otro.

Últimamente el alcalde reelecto está apoyando al Instituto de acueductos y alcantarillado; pienso que él ha encontrado o sigue ese orificio que lo lleve al Punche de Oro madre. Bueno las leyendas míticas lo mencionan: el humano solo puede expresar lo que su mente conoce. Y aquí te lo confirmo: creo que lo que vi en realidad fue el Punche de Oro madre, el cual es del mismo tamaño de los que se han visto en las ruinas de Santiago y Veracruz en la comunidad indígena de Sutiaba por la noches de luna llena.

Bayardo, me dio las pocas cervezas consumibles que aún tenía, se levantó de la banca se encaminó al carro, abrió la puerta, volvió a introducir su cuerpo y salió empuñando una pistola Makarov.Me dijo que le siguiera. Yo estaba agotado y le dije ¡No!

—Te lo perdés —gritó—

Y dijo una consigna con sonrisa perspicaz:

—Y ahora qué: a cortar café. Y por la revolución: a cortar algodón. Y con poquito de mañas: a cortar caña. Y por si esto fuera poco: a cortar cocos.

Sonreí.Era una de las tantas que decíamos, cuando anduvimos en el cachimbeo contra los Contras en el norte del país;que al final terminaba en ráfagas de ametralladora. Parte del rebane para no aburrirse y no sucumbir a la muerte.Por sus ojos salía la codicia, siguió con dirección a las personas que debajo de unos árboles de laurel de la india vigilaban. Vi como trepo el enmallado.

En ese momento pasaba caminando por la acera con dirección a su casa, el ilustre poeta Núñez que venia del *Museo archivo Rubén Darío* de disertar sobre Alfonso Cortez y Azarias H.Pallaisy le dijo:

—¡Idiay, qué vas hacer por ahí papá!

Bayardo le vio de reojo contestándole:

—Voy por el Punche de Oro; será mío—y saltó al interior de la ruinas. A la vez que aparecía en el cielo,una lluvia de estrellas fugaces denominadas Leónidas que iluminaron todos a nuestro alrededor.

Lisiados de guerra

Ellos estaban preparados. Tenían tres radios comunicadores con los cuales se comunicaban en las montañas vírgenes de Karawala.El personal médico estaba disponible para cualquier eventualidad como la que se esperaba. Un pelotón de hombres, debidamente entrenados, para rescates de alto riesgo y perros amaestrados.

Tenían como alimento, los regalos de la selva. Sólo esperaban que sucediera. Ya tenían años de preparación para tan ansiada eventualidad. Allá en el cielo sólo se escuchaba el zumbido que producían los motores y la estructura del avión al romper las cortinas de aire violentamente. ¡Pero nada!

Hacía tres meses habían aplicado esa técnica aprendida en un helicóptero del EjércitoNacional que se desplomó encima de unos árboles centenarios. La operación había sido tan rápida que no hubo ningún muerto; solo heridos. Pero con las manos y conocimiento del auxiliar de enfermería,Ronaldo,graduado en Cuba pronto cicatrizaron.

El resultado no fue placentero. Por nada los echan preso a todos. Al grupo de rescate: ya, porque no tenían la licencia para operar en esa zona armados o por no pagar impuesto como

organización de servicio debidamente constituida. Ya habían hecho un buen trabajo de rescate al haber salvado el pellejo a los oficiales.

El jefe del comando regional del Ejército Nacional, conocedor de esos lugares, y exjefe en años de guerra, los había dejado libre bajo amenaza de que si seguían en ese tipo de operaciones los echaban presos. Ahora, como todos los días, bajo la espesura o en un claro de sol los vigilantes de turno sólo veían al cielo, para ver en qué lado de la montaña caería ese pájaro volador.

Esteban decía que es lo mejor que podían hacer, mientras en otros países se desploman aviones tras aviones. Aquí no se desploma nada. Había seguridad. Alta preparación. Carlos un poco cabizbajo, con frio todavía de la malaria decadente, quería el sentido de la realidad saliera a luz y dijo:

—¡Esta idea es descabellada!¿Esperar que un avión se desplome?¡Aquí!¿Saben cuántas posibilidades existen? ¡Lo mejor sería irnos a casa y terminar con esta empresa que desde su nacimiento venia por caminos turbios! ¡Nosotros somos militares! No de la empresa privada neoliberal! Desear la muerte de otros; para eso no estamos preparados!

—No, sólo es para ayudar al accidentado —dijo Chepe.

—¿Y para qué? ¡Mierda! —exclamó Carlos chupándose el dedo.

—No jodás, animal —exclamó Mariano—. Ésos aviones llevan gente importante o llevan mucha chilca que si nosotros salvamos, como ayuda o gratitud, podemos quedar chineados de reales. ¿Cómo te sentirías vos con un cachimbo de lapas verdes, hermano?

Luego se tragó un gargajo y escupió verde, mientras limpiaba su AKA-47.

—Silencio —dijo el vigilante del puesto de observación en la cúspide de la montaña.

Todos escuchaban en ese momento; se pusieron en pie, colocaron en sus espalda sus mochilas pesadas y esperaron ver en qué lugar caía el avión. Cuando se perdió en el horizonte, el jefe gritó:

—¡Falsa alarma!

Y todos gritaron en coro:

—¡Hijuelaciemputa, mierda!

Y se dejaron caer sobre el monte verde. Algunos lloraron y otros rieron de tristeza. Las montañas de Karawala son espesas. La selva virgen, aún existe al igual que su población indígena Ulwa que vigilaba cuidadosamente el comportamiento de los extraños.

Los nuevos empresarios pobres y excombatientes de una guerra entre hermanos, siguen allí dentro de ese sopor, elíxir de vida, pulmón de Centroamérica. Que algún día un avión de cualquier aerolínea internacional se desplome para aplicar la técnica aprendida en muchos años de prácticas durante la guerra y esperando también cuando llegara al poder del estado, alguien que le enseñe por obra de Dios un trabajo civil.

Las flores siempre serán para ti

Tomás Acevedo, lo primero que hizo al llegar a la ciudad universitaria, fue visitar a la Virgen de Merced en su iglesia y darle gracias a Dios, porque aun siendo su vida muy dura en el extranjero, le había ido bien a diferencia de algunos coterráneos que habían sido muertos o deportados. Notó cómo se diferenciaba aquella ciudad que dejó en los años 80 durante la guerra a la de ahora; con un comercio incipiente, algunos edificios nuevos o reconstruidos, con las calles recién recarpeteadas.

—Veintidós años— se dijo con nostalgia.

Después de transitar aquel centro histórico en su mayoría destruido por el bombardeo indiscriminado de entonces, compró unas bolsitas de dulces: lecheburra al Capi Prío. Se

sentó en unas bancas en la afueras del negocio a escuchar música instrumental de la emisora *Radio Güegüense*, que el Capi ponía para sus clientes.

Recordó a la Juanita del Carmen Pérez, su amor de juventud y se preguntó: ¿cómo será su rostro, su cuerpo? ¿Será como su madre? Sus amigos del colegio o sus compañeros de equipo de béisbol *Pueblo Grande*: ¿habrán muerto en la guerra?¿Se habrán ido del país también o sufrió y vivió aquel movimiento social llamado revolución?

Sentado y chupándose cada uno de los dulces, trató de reconocer a alguien, y por más que lo hizo, aquéllas personas que apreciaba, no tenían ninguna relación con su pasado. Era un extraño en su propia tierra. Toda su familia estaba en los Estados Unidos y él llegaba todavía con el síndrome del regreso a quedarse y comenzar, con el dinero ahorrado, un negocio.

Pronto sería el encuentro deseado; quería ver a la Juanita, hablar con ella y, de allí en adelante, encausar el rumbo de su truncada vida emocional.

Dos semanas antes de su llegada al país, había contratado a una floristería de la ciudad através de internet, por lo que un ramo de rosas rojas, sería entregado previo a su llegada; y esos deseos de verla, platicar y hacer lo escrito en un sinnúmero de cartas que ella le mandaba y que le hacía su estancia placentera en el extranjero; una realidad, multiplicaba aquel gran amor diariamente.

Se levantó de la banca y fue en su búsqueda; por un solo camino que sería la felicidad a la que cualquier ser humano quiere llegar. Él nunca se había separado sentimentalmente de ella; la comunicación a través de cartas y teléfonos; al final más fluido por el correo electrónico. Nunca ningún hombre pudo amar tanto a una mujer en la distancia, ni una mujer tanto amar a un hombre sin verse.

Así, con los pies que le pesaban cada vez más, bajó la pendiente oeste del hospital *Oscar Danilo Rosales* y visualizó a escasos metros la casa cerca de la *Cárcel La 21*, donde niño jugaba hasta muy noche y donde se escuchaban gritos de varios rebeldes de la columna de *Charrasca* que eran torturados durante la Dictadura Somocista.

Golpeó la puerta.

—¡Ya va! —escuchó.

Abrieron la puerta.

—¿Que desea? —dijo una señora hermosa de pelo castaño.

—¡Hola, doña Ernestina! ¡Soy Tomás!¿Se acuerda de mí? —dijo un poco nervioso.

Doña Ernestina se asombró al instante y cerró la puerta rápidamente diciendo:

—Espere.

Tomás quedó perplejo ante lo sucedido y con la paciencia de encontrar lo que había esperado tantos años, se dijo que un minuto más o un minuto menos, no iban a cambiar en nada sus sentimientos. Abrieron la puerta otra vez y aquella señora esbelta y guapa lloraba a mares. Y no le decía nada.

—¿Qué le pasa?¿A sucedido algo?Cuénteme, por favor, ¿qué se hizo la Juanita?

Ernestina, le quedó viendo fija y tiernamente; era una mujer que tenía aquel don de la naturaleza de comerse los años, como todo pueblerino Hunza.

—Yo sabía que algún día estosucedería, pero no me lo esperaba así—dijo, con voz entrecortada y secándoselas lágrimas, descubriendo sus ojos azules radiantes—. Está bien. Te llevarédonde ella. Sea lo que veas: ámala; sigue amándola como yo.

Luego Ernestina enmudeció.

—Dígame, por favor, quiero saber —exclamó Tomás.

Ernestina agarró su cartera, cerró la puerta de la casa, y le dijo que le siguiera. Pidió un taxi, habló rápido, y bajó con el conductor. Luego, lo abordaron y se enrumbaron a la salida de la ciudad, pasando por la iglesia de Guadalupe. Por más que Tomás le solicitara información, ella parecía una piedra y sólo su belleza hacía de aquel momento, la dulzura necesaria para soportarla. El vehículo entró al cementerio de Guadalupe. Tomás estaba asombrado al recordar los momentos vividos.

—¡Pare aquí!

Ernestina le pagó al taxista y le dijo a Tomás que le siguiera. Cerca de la tumba de Oliverio Castañeda —un reconocido homicida de antaño— se detuvo. Ahí había una tumba con un ramo de rosas rojas cortadas al amanecer. Vio lo inscrito en la lápida. Ambos se pusieron a llorar

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Dios mío, mi lindo!

Tomás levantó las manos al cielo, mientras Ernestina sollozaba entre manos.

¿Y cuándo sucedió? —preguntó.

Se abrazaron. Ella le quedo viendo fijamente y contestó:

—En 1983. Fue miembro del Batallón de Reserva *Luisa Amanda Espinoza*. Sólo mujeres… En una emboscada en San José de las Mulas, donde iban unos oficiales, fue violada y asesinada por la contrarrevolución.

—¡Santo Dios! Ha pasado tanto tiempo. ¿Por qué hasta ahora me lo dice? Mi dolor no hubiera llegado hasta este momento.

Tomás la soltó y se separó de ella, diciendo:

—¡Qué barbaridad!

—Pues yo siento este dolor como si hubiese sido ayer —replicó ella.

—Pero ¿y las cartas y la voz telefónica, y lo demás qué?

—¡Fui yo! —con voz temblorosa contestó Ernestina; además que lloraba, un pesar, asombro, vergüenza, le salía por los poros de su cuerpo.

—¿Quiere decir que todo este tiempo, yo he hablado y compartido mi vida con…?

—¡Conmigo! —asintió ella—. Cuando llegaron tus primeras cartas, yo todavía me aferraba a que estaba viva. Y vos me ayudaste de manera especial a que permaneciera así; por el amor que le has tenido viva, sabiendo yo que estaba muerta.

Ambos siguieron llorando. Ernestina cabizbaja; Tomás erguido, muy serio le miraba.

—Así que me apropié de su persona y de su amor. A veces quería contártelo todo, pero me negaba a perderte. Y así ha pasado todo. ¡Discúlpame!—

Tomás le vio con rabia y vio la tumba olorosa a flores; miró a aquella mujer que necesitaba cariño; se quedó callada y sumisa, secándose las lágrimas. Dijo en voz alta:

—Esto no puede seguir así.

Sin decir adiós, enojado, furioso, caminó rápido a la entrada principal del cementerio. Abordó un taxi y se fue a la Casa de Cultura*Antenor Sandino Hernández,*donde aprendió a bailar música folclórica nacional en tiempos de adolescencia. Allí, encontraría algún conocido de antaño, platicar con él y así mermar su tristeza.

Ella quedó sola con su dolor y su pena, y él se fue amargado, triste, con dolor y odio también por una vil mentira. Entró a la Casa de Cultura y en un amplio corredor adornado con pinturas al óleo, muestra del taller del maestro Mario Cruz Sánchez, apreció la coreografía del grupo profesional de la danza de Sterling Vázquez, sentado en una silla de madera a orillas de la piscina vacía. Escuchó la conversación de los visitantes:

—Idiay, poeta José,¿cómo has estado?

—¡Bien! Tengo rato de no verlo mi distinguido y amable hermano poeta Manuel, me contaron que ya no perteneces al grupo de teatro *La Milpa*.

—Sí, ya me he independizado; tengo mi propio trabajo; doy clases de teatro a los jóvenes de escasos recursos, habitantes de la costa de Poneloya, SalinasGrandes y las Peñitas, así como de Goyena y Troilo.

—Lo felicito: que la energía divina lo acompañe en la producción de obras de teatro.

—Sí, amigo. Vos sabés que la vida tiene que continuar. Si ves a los amigos del grupo de Teatro *Ronda de Barro*, me los saludas. Adiós, que te vaya bien.

—Igual. Gusto de verte, hermano.

Tomás recordó lo bello que pueden hacer los muertos por los vivos y como los vivos pueden ser mejores que los muertos. Y se apropió de aquella idea: ¡La vida tiene que continuar!, que murmuró con los dientes apretados.

Fue al cafetín de la Casa de Cultura a escasos metros y comenzó a beberse una cerveza vestida de novia con lentitud, tamborileando encachimbado, encima de la mesa de madera y recordando en cada espuma que se reventaba en el vaso, que sostenía en su mano izquierda un recuerdo placentero. Ya cayendo la tarde, pasadas las horas de analizar y meditar, con el crepúsculo en ciernes, sus pasos se enrumbaron obedientes a la casa donde había nacido el amor de su vida.

Huelga de un trabajador de la salud

Recién había platicado con Andrés Pantoja,*El Gato*, quevenía de trabajar en la finca *El Infiernito*, propiedad del nuevo terrateniente Douglas Pérez. Comenzó a quitarse los zapatos y calcetines de sus pies flacos. Encogió su pantalón blanco hasta la rodilla y caminó entre piedras finas y lodo blanco hasta meter sus pies completamente en la corriente de agua de la vertiente el *Ojo del Guarumo*. Su maletín negro colgaba de una de sus

manos, mientras que de la otra balanceaba sus zapatos negros brillantes; tenía mucho tiempo que no hacia ese tipo de caminata desde niño.

La corriente de 150 metros de longitud poseía dos caminos para transeúntes ocasionales que deseaban hacer el recorrido por agua. Estos fueron hechos por las ruedas de carretas jaladas por bueyes que de tanto pasar todos los días habían dejado su marca. El verdor de los arbustos y la sombra de los árbolesde guácimoternero ocultaban los rayos del sol parcialmente.

Anochecía… Los pájaros comenzaron a dormirse en las ramas que se movían lentamente al paso de las corrientes de aire. Y sus respectivos cantos se fueron opacando poco a poco.

Nicho Estebes caminaba lento, pero seguro. El camino seco de uso común, el que utilizaban los campesino para ir al pueblo, estaba a escasos metros. Pero,¡no! Él no quería transitar por allí. Él caminaba lentamente chapaleteando sus pies de vez en cuando. Y los enterraba en la arena fina de color hueso del fondo de la corriente: aligeró sus pasos, mas nadie le seguía;corrió y aún nadie le seguía; en el chapaleteo, su pantalón y su camisa blanca se pringaron de agua y lodo. Y a él no le importaba; él solo tenía ganas de correr en el recorrido de la corriente hasta llegar al rio *Ojoche*; correr como cuando lo hacía de niño; llevaba la sonrisa en labios.

Quizás recordó algo bello, interesante. De pronto, ya no corría; sus pasos rápidos se hacían normales; su rostro ahora estaba triste. Era mejor verlo reír, verlo correr; pero no verlo sufrir. Pero ahora estaba triste. Ahora, a la vez que caminaba, lloraba. El viento fresco arrancó del culito de sus ojos, varias lágrimas. Vio delante de sí, la silueta de un caballo cimarrón y su jinete. Al encontrarse…

—Doctorcito, asté lo andaba buscando; vengo de su rancho. Mijo está enfermito.¡Tóquelo!

El doctor ubicósus zapatos colgando de su nuca;tocó, frente y cuerpo del niño. Estaba sudoroso y caliente.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó.

—Disde las dos de la tarde.

Sacó de su bolso negro: lapicero y libreta y escribió con dificultad, a la luz de la luna. La receta se la dio a la campesina.

—¿Cuánto valí?

—Nada Esmeralda, no me preguntes esas babosadas; mejor vete a la ciudad y cómprate los medicamentos, ya que yo no las tengo;si los tuviera te las daría. Vos sabés que soy buena rama.

El jinete comprimió la panza de su caballo y este comenzó a trotar lentamente. La campesina dijo teniendo un poco cabizbajo el rostro:

—Gracias, doctorcito, que Dios se lo pague.

El doctor en medicina y especialista en pediatría, siguió caminando. Había llegado al rio *Ojoche*. En ese mismo río que hace años atrás, se hacía clavados, tirándose desde lo alto encima de una rama de *Cajinicuil* que sobresalía en lo alto del viejo árbol y que distanciaba poco del centro del rio.

Las lavanderas ya se habían ido. Las piedras finas de gran tamaño, donde lavaban la ropa, eran de vez en cuando bañadas por las corrientes, como si querían llevarse los trozos de jabón residuos de un arduo trabajo que tenían impregnadas.

El camino de entrada a su rancho estaba ahí de frente; solo bastaba cruzar el puente,que era un árbol seco de coco que unía orilla a orilla. Lo cruzó. Luego,descolgó un anillo de alambre fino liso que sostenía la puerta de alambre de púas y tigüilote florecido. Había llegado después de nueve horas de ausencia. Entró a su propiedad. Cerró otra vez la puerta artesanal. Su perro Marroquíladró y corrióa su encuentro y cada vez que se acercaba a él, movía rápidamente la cola. De regreso al rancho, saltaba más de alegría y le quería lamer la mano a Nicho. El hombre, le decía:

—¡Suave animal!... Uyuyuy viejita, llegó tu hijo; oye viejita, aquí está tu hijito.

—Pie, piea jodido, aquí estoy —gritó su mama dentro del rancho, para luego salir del bajareque y saludarle con un beso en el cachete.

—Qué facha traés.

—Es que vine caminando `por la vertiente —exclamóNicho.

El tomó como asiento un trozo hermoso seco de madera de San Zapote.

—Hijo,¿vas a querer tu cena?

—No mamita, no quiero todavía; con la noticia que me dieron en la mañana, estoy abatido, así como cuando era cachorro Sandino y habíamos tenido un cachimbeo en El Tortuguero con la contrarrevolución en las montañas. No tengo apetito, más bien, se me perdió; bien, ya lo encontré, pero no quiero hacer uso de él en este momento. ¡Estoy harto de tanta mierda!

—¿Que te paso mijo? ¿Te fue mal?

—¡Me corrieron del trabajo mamita!

—A la puta, ya lo presentía. Te lo dije que eso de andar haciendo huelga para mejorar el salario, ya no vale. Con este gobierno que tenemos es preferible que se muera el prójimo de alguna enfermedad que ellos dar un mísero centavo para su salvación. ahora¿cómo las vamos a arreglar?¿Cómo le vamos hacer? Las cosas van de mal en peor. También para mí las ventas estas malísimas —dijo con voz fuerte y entrecortada, y con lágrimas gruesas que comenzaron a bordear los cachetes manchados por el sol de hacía mucho en los cortes de algodón.

—Veremos qué hacer mamita.

Celestina Miranda, quedo viendo el fogón, como si ahí en el fuego,lasbrasas que ardían le iban a decir alguna solución. Los frijoles rojos temblaron dentro de la olla de barro y producto de la cocción aparecían espumas que reventaban. Unas chispas escaparon del fuego lento que consumía leña de madroño y papaturro.

Eso no les preocupaba a los habitantes del humilde rancho en ese momento. La lámpara de 25 watts estaba encendida

con su luz opaca: melancólica y el rancho de techos de palma dejaba escapar los ruidos de algunos ratones y cucarachas que traficaban en su interior.

Una hamaca de sacos de bramantes yacía colgada en el extremo derecho del bajareque del humilde hogar y se mecía con las corrientes un poco fuerte de aire que se escapaban entre los arboles de aguacate, marañón, guayaba, cítricos, eucalipto y zapote, anonas que hacían de cortina rompeviento y de preservación del habitad mínimo pero existente de la escasa fauna a orillas del rio *Ojoche*.

Nicho tomó dentro de sus manos un pequeño guacal: lo metió dentro de una tinaja labrada en su exterior con el rostro de un indígena. Sacó agua y comenzó a tomarla lentamente. Estaba fresca. Fue donde estaba la hamaca, se sentó en ella y quedó viendo fijamente las rendijas de las paredes de caña de trigo secas donde se visualizaba con todo su esplendor la luna en cuarto creciente.

Allá en el firmamento estaba la luna como pegada a un inmenso cuadro en movimiento lleno de estrellas y nubes oscuras. Allí estaba Celestina la que se levantaba de cama muy de mañana y se iba encima de un carretón de caballos a una finca que tenía en AbangascaSur, donde recogía los huevos de las gallinas indias patieras; cortaba los frijoles largos verdes y los hermosos pipianes y ayotes en la huerta. Los colocaba cuidadosamente en canastos de bambú hechos en Masaya,lo montaba en el carretón y regresabacon él dos kilómetros por veredas y caminos hasta llegar a la comunidad indígena de Sutiaba y venderlo, gritando por las calles polvorientas y empedradas:

—Aquí van los huevos de gallinas, los pipianes, los ayotes, los frijolitos de vara.Están fresquitos.

Ahora está mamá e hijo tan cerca, pero tan distante. Nicho vio fijamente el machete: el colín, que resplandecía fijamente cerca de una nambira que colgaba de un horcón del bajareque. Recordó aquel día de niño, cuando estaba chapoteando zarzas y arbustos en las faldas de la montaña El Venado.

—Nicho! Nicho! Nicho!¿Dónde estás jodido! ¡Oeh, Nicho!

—Por aquí diaverga. ¿Pa, qué me quieres?

—Tengo buenas noticias. La Revolución Sandinista nos va a enseñar a leer y a escribir.

—Y esa ¿quién es? ¡No la conozco!

—¡Si serás caballo! Ella es la que derrocó al dictador Somoza a punta de bala. Es la salvación de nosotros los pobres: losdesposeídos. Sus dirigentes revolucionarios han comprometido enseñarnos a todos nosotros los pobres, los analfabetos e ignorantes.

—Y habrá tantos dirigentes para tantos brutos.

—Pareces baboso; todas aquellas personas que sepan, las van a ubicar en un lugar cercano a nuestros ranchos; si es posible para que nos enseñen y convivan con nosotros en la gran Cruzada Nacional de Alfabetización. Así es la única forma, que se den cuenta cómo nos arreglamos para subsistir.

—¿Creés vos que esos plásticos, fresitas van a llegar?

—¡No jodas! Vos que pensás que soy verga. No andes agarrando la vara.

—Sí, van llegar! Y nos van a traer las buenas nuevas del conocimiento.

Nicho se rascó la cabeza. Su alfabetización en la Cruzada Nacional de Alfabetización. Fue un éxito al igual que para muchos. Ya no podía ser engañado y robado como lo fue su tío Eulalio con las tierras que le heredóHermenegildo Pastrana Urrutia. Ya podía leer, cualquier libro interesante; divino y escribir.

—¡Segundo!¡Segundo! Cuánto te agradezco —murmuro y sorbió otro trago de agua cristalina de la vertiente.

—Hijito,¿ya se lo contaste a la Trini?

—No mamita, fuiste la primera en saberlo; de todas maneras, cuando regrese de casa de sus padres lo sabrá.

—¿Quieres café?

—¡No!

—Yo sí, le voy a echar hojas de limón y naranjo agrio al cocimiento para que se me calmen un poco los nervios.

—Mami, no lo tomés tan apecho. Sobreviviremos.

—Así me dijo tu padre cuando fue reclutado en el batallón de la milicia 4013. Y mira él no está; murió defendiendo la patria. Yo no quiero que mueras.

Se le escaparon las lágrimas y moqueó.Sus manos se las puso en el rostro apretadasy de vez encuando las encogía fuertemente.

—Si les echa el presidente timbón Klaus Potoy,los antimotines sería peligroso. Ya tienes la experiencia de lo sucedido a los estudiantes universitario por el derecho constitucional del 6% para las universidades cuando gobernaba Flor de María;ahora a ustedes les puede pasar lo mismo; suficiente con tu papa y hermano Pedro. Recuerda que tienes a la Triniy los cipotes que piden comida.

—Dios, proveerá; al final, si no encuentro trabajo en la ciudad; yo puedo trabajar aquí en la huerta.¿Acaso no nací y me crie en el campo, pues?

—Si hijito, pero has cambiado, no eres como nosotros. Vossos preparado; la revolución facilitólas cosas; y tu esfuerzo te ayudó a formarte,¿quién hubiera pensado que de una familia tan pobre, humilde, saldría un hijo médico.

—Mami vos sabes cuánto me ha costado, desvelo, desilusiones y entrega total para servirle a mi pueblo y, por ende, mejorar también el nivel de vida nuestro. Y ya ves que nada; da la impresión que vamos caminando como el cangrejo. La gente sigue muriendo; ahora no por las armas, sino por el hambre; ahora el invasor no viene armado con fusil hasta los dientes; ahora viene con maletín, saco corbata y una sonrisa de muerte.

—¿Vas a ir al hospital *Oscar Danilo Rosales*?

—Sí, claro que iré; también tengo que ir a la protesta nacional de los diferentes sectores de la sociedad civil en apoyo a nuestros justos reclamos. Mientras la sociedad, las organizaciones civiles manden o un solo indígenase subleve, todo será posible. Nuestro salario es uno de los más bajos de América Latina. Las cosas se le están complicando al gobierno de los Timbucos y Calandracas. La gente no sólo puede decir sí señor.¡No! No estamos ya para que nos den atol con el dedo.

—¡Hijito, hijito lindo,sos muy aventado! A vos te gusta siempre ir adelante en las marchas de protesta.

—Alguien tiene que hacerlo mamá.

Se limpió los pies con agua y jabón.Los secó con la toalla de la Trini; se recostó en la hamaca. Comenzó a mecerse suavemente.

—Director, me dijo su secretaria que debía hablar con usted, ¿podría saber para qué solicitó mi presencia?

—Nicho, la Junta Directiva del hospital ha decidido prescindir de tus servicios.

El director pelón y panzón, recién nombrado por el presidente, no por su capacidad intelectual en el ramo médico, sino que por su ideología política, como sucede siempre aquí en el paisito. Esbozó una sonrisa que al fin y al cabo fue burlesca y por ende grosera. Se dijo: los tiempos nunca cambiaran si no somos tercos. Las manos de Nicho se levantaron a la altura del pecho empuñadas y su dedo índice derecho señaló al nuevo burócrataneoliberal del gobierno de turno y dijo.

—Qué babosada, usted sabe que no voy a firmar la carta, tengo misderechos; la Constitución Política lo confirma. Tengo derecho a un trabajo digno, aun salario digno y usted lo sabe. Tengo inmunidad: soy líder sindical.Sabe también que, el mísero salario que devengamos al mes es menor que el que ustedes gastan en combustible semanal para sus camionetonas*Pathfinder*.Esto lo sabrá la Central de Trabajadores y el movimiento medico Pro Salario Digno.

—¿Desde cuándo se ha cumplido la Constitución? Que lo sepan, los despedidos; aquí son 50: 30 médicos rebeldes,10 enfermeras y 10 asistentes del área de mantenimiento. Te lo dije, no te metas a esos problemas. ¿Para qué reclamar?Es mejor ser humilde. Te hubieras hecho el baboso; al fin, siempre tendrías tu recompensa al mes; aunque sea miserable como vos lo decís, para otros que no la tiene desearían estar en tu lugar. Ya Somoza se lo había dicho a Sandino «el pueblo no agradece» y yo te lo repito. Lo que pasa es que el pueblo nunca aprende. Así es y así será, venga quien venga.

—Maclovio es demasiado. Si no fueras el padrino de mi hijo, te cargaría a turcazo limpio la cara. Y te la dejaría irreconocible. Pero yo estoy seguro que si los trabajadores de la salud estamos unidos como hasta ahora, triunfaremos. La unidad hace la fuerza. El gobierno tendrá que negociar. Y esas cartas que la hiciste vos y tus séquitos esquiroles se las meterán ya sabes dónde.

—Que mierda, no tengo por quéaguantarte. Salí por donde entraste, hijo de la setentaputa.

—Oh, qué mal nacido. Bien, de todas maneras con vos no arreglo ni verga. No tenés ese poder de decisión. El movimiento medico tendrá mi nombre y si ganamos en la justa, que si ganaremos, me vas a tener aquí. Me vas a soportar aquí por siempre. La revolución de Sandino y Carlos Fonseca Amador, de Germán Pomares Ordóñez y de tantos muertos a la patria no ha terminado. Seguiré luchando por algo mejor para el gremio y para la población; que es una lástima que siendo parte de ella te olvidas de tu clase cuando tienes poder. Has cometido alta traición.

Nicho volvió a la realidad después de haberle picado un mosquito gordo anófeles. Extendió su brazo con los dedos de la mano derecha,yencendió la radio de transistores que estaba colgada de una varilla de trigo a su diestra. Ajustó el dial, Radio Sol. Luego:

«Estimados radio escuchas: en nombre del Movimiento Médico Pro Salario Digno, le estamos convocando para una marcha

multitudinaria a realizarse mañana martes 22 de abril a las 9 de la mañana. El punto de concentración será la plaza de Sutiaba, de donde partiremos recorriendo las calles de León hasta llegar al parque Juan José Quezada. Allí, se realizará el acto central. ¡Un médico es tu hermano!¡Ayuda a tu hermano!¡Nuestra causa es justa: por eso triunfara!».

El mensaje ya lo sabía,porque había ayudado a escribirlo días atrás. Apagó el radio.

—Mami, deme mi cena por favor. ¡Uf! Estoy cansado, he caminado por esas calles, haciendo contacto con los líderes de la sociedad civil. Mañana es el día; este gobierno neoliberal tiene que negociar. Es que a estos gobiernos neoliberales no les gusta negociar. Y si no lo hace se mete a un problema más grave. No hay empleo, no hay seguridad ciudadana; lo que impera es el imperio de la ley, no la ley de la vida. La sociedad está en crisis y sólo falta una chispa para el cambio. ¡El gobierno tiene que cambiar su actitud y hechos con el pueblo! Tal vez nosotros podemos.

—Vos sos como era tu hermano Pedro. El escuchó que la Contra mataba a niños inocentes, a mujeres en sus hogares en las montañas de Jalapa y San Pedro del Norte, Las Mulas. Y que los yanquis los apoyaban y él se fue de voluntario al Servicio Militar Patriótico, para ayudar a parar la barbarie. A veces me duele tener hijos así,porque siempre ponen en peligro sus vidas para salvar a otros. No son como los hijos de la Chantal que les vale verga que alguien se esté muriendo; si es posible hasta le pasan encima o le dan su ayudadita. Pero me siento orgullosa de tenerte y haber tenido a tu hermano y a tu papá.

Celestina hablaba y lloraba a la vez, que servía la comida.

—Gracias mamita.

Por el cansancio que traía después de comer y haberse tomado un fresco de pozol con leche que tenía mucho chingue, le agarró fácil el sueño. El perro otra vez ladraba de alegría; los niños llegaron al rancho jugando con huleras con las que tiraban semillas de tapaculo.

—Buenas noches.Idiay suegrita,¿parece que ya vino mi marido?

—Sí, mija, se durmió hace poco.

—Pobre mi chirizo chaparro, mucho trabaja.

—Trini, no lo despiertes; está muy cansado y triste.

—Triste, ¿por qué? ¿Qué le pasó?

—No le digas que te dije.

—Vamos, dígamelo.

—Lo despidieron hoy por la mañana; no tiene empleo legalmente; pero élestá seguro que aún no lo ha perdido, si triunfa la propuesta médica. Entrelos puntos están: no hay represalias, incorporación de los despidos y habrá retroactivo.

—¡Québarbaridad!A ver Bonifacio, deja a papi dormir tranquilo; vení, Teófila, yo te voy a chinear.

—Él llego hace poquito; te esperaba para contarte lo del trabajo, pero se durmió. Como se lo dije: ¿ya lo presentías?

—Eso es instinto de mujer, suegrita.

—Es que el anda en todo ese movimiento: es coordinador debajo del trono; claro, se dio color; si alguien reclama, ya lo corren; es que este gobierno neoliberal no quiere que nadie reclame; que pasen las cosas que ellos imponen como si nada hubiese pasado. Estos nuevos gobernantes o cualquiera con esta oleada neoliberal, estánlocos; piensan que están como cuando era presidente el dictador Somoza. Ahora, ¡no! Nadie se deja meter el dedo. Qué mierda.Ya los babosos no existen. ¿Quétenés pensado hacer?

—Suegrita, nosotros habíamos hablado sobre esto.Más o menos sabia de esta noticia. Espéreme.

La Trini, esposa de Nicho, recién sentada en la silla, se levantó, llevó a los niños dentro del rancho de palmas; les quitó los zapatitos; cambió de ropa encima de la cama: loscobijó; les dio unos besitos en la frente a cada uno de ellos, diciéndoles:

—Duérmanse ya; mañana nos despertaremos temprano.

Celestina, sentada en una pata de gallina veía a su hijo.

—Él debe sentirse mal —dijo.

—Sí, vaya que sí —exclamó la Trini.

—Suegra, ¿tenés todavía la pintura verde y las brochas?

—¿Las vas a necesitar? ¿Para qué? —sacudió la cabeza la viejecita llena de juventud indígena.

—Ya lo vas a ver.

Celestina, la comadre, como le decían sus vecinos,selevantó del asiento y fue donde estaba el morral que tapaba la piedra de moler maíz; sacó un pote pequeño de pintura y dos brochas y los llevó donde la Trini,que se disponía encima de la mesa del molejón poner una cartulina color amarillo de buen tamaño y comenzó a escribir con lápiz grafito en letra grande: «Los médicos nicaragüenses necesitan nuestro apoyo incondicional. Gobierno sin rostro humano, flexibiliza tus políticas o te vas al carajo».Luego llenó una de las brochas con pintura y fue repintando cada letra realizada en grafito.

—Y qué,¿vos también vas a ir a la marcha?

—Sí, voy a ir y usted debería, también; es su hijo.

—Iré —dijo impetuosamente Celestina Miranda.

Terminado de hacer el trabajo, escondieron las pinturas, cartulina y brochas pequeñas, debidamente lavadas conquerosín en la parte trasera del rancho, encima de sacos de maíz. Abrieron sus tijeras: secobijaron por el frio de la madrugada. Se durmieron.

El perro ladró; varias carretas comenzaban a cruzar no tan lejos el río *Ojoche*; la alegría del ambiente se dejó sentir con la alegría de los pájaros y el infaltable ger, ger de las ranas. Las gallinas patieras saltaron del árbol de mango cuerudo y ya encima del suelo, el gallo vistoso y pesado, les bailaba y se las chucheaba.

Nicho despertó, apartóla cobija; se quitó de la hamaca, tronó sus huesos con ejercicios de calentamiento; vio a su familia que

aún dormía. El pequeño rancho,hacinado,propio del cuarto o quinto mundo, le albergaba. Fue a la cama donde estaba la Trini,le besó los labios con pasión, la despertó y le dijo:

—Idiay, amor,¿qué te paso? Cuándo llegaste, me hubieras despertado.

—No amor, ¿para qué? ¡Parecías el ángel Gabriel!

—Es que tenía que darte una noticia. Me corrieron del trabajo. Tan de mañanita y dando esas noticias; no es justo —exclamo Nicho.

—No te preocupes, con el salario que me pagan y lo que vende la suegrita de la huerta, vamos a pasar la vida; tal vez más adelante te contrate una empresa privada y todo será mejor.

—¡Bah, empresa privada! Pero de todas maneras, ojalá.Por el momento, las cosas no pueden quedar así como están. Hoy voy a ir a la manifestación con mis colegas.

—Sí mi amor; si así te sientes bien…

Los niños despertaron y papá fue donde ellos:

—¿Cómo amaneció la niña más bonita del mundo?

—Bien, papi, mi besito.

Nicho le dio un beso en la frente. Sobó la cabeza del niño que tenía a su diestra y le dijo:

—Esta cabeza es la de un científico;Dios bendice que estudies en la UNIy que tu hermanita estudie en laUCA…

Se puso a reír.Celestina Miranda ya se había despertado; compró la leche de la hacienda*La Argolla* yestaba ya en el fogón cociéndose.

Trini bañó a los niños y los vistió con traje de domingo. Luego, a ella también le tocó su turno. Nicho jalaba el balde lleno de agua del fondo del pozo. Llenaba un barril. Se bañó también.Se vistió de blanco.

Celestina Miranda fue la última que se bañó y la menos que se dilató. Daba la impresión de que la familia iba de paseo.

Desayunaron y la conversación de la manifestación sobresalía en Nicho; los niños veían a sus padres, escuchaban atentos la conversación.

Celestina y la Trini no se inmutaron; ellas tenían también que contar sobre la vida. Nicho salió del rancho, vio a su familia unida y se alegró; siguió caminado con dirección a la puerta de entrada de la finca. De pronto, escuchó la voz de su mujer que le decía que le esperara y unos cuantos pasos que se le acercaban.

Él giró a su testa y su familia le seguía. Vio a lo lejos al perro amarrado que ladraba y al caballo que pastaba no tan lejos del rancho y de cerca a sus hijos pelearse por cargar una pancarta hecha a punto de amor. Él se alegró, y se detuvo. Estaba atónito. Ahora no estaba soloen esta gesta; sus seres queridos le acompañaban; su familia estaba con él, cómo en otras circunstancias.

Al cruzar el puente y pasar a orillas del caserío, los vecinos se sumaban detrás de él. Había comenzado la protesta en el campo y él iba con su familia a la cabeza de la marcha. Aún no habían llegado a la plaza indígena de Sutiaba y gritaba:

—¡Gobierno neoliberal, ladrón, dale trabajo al peón!¡Gobierno neoliberal, ladrón, dale salario digno al doctor!¡Gobierno neoliberal, ladrón, danos salud, pan, trabajo, educación!¡Pueblo, únete! ¡Pueblo, únete!

Era una música de muchos sonidos y era sólo una voz que se escuchaba; la voz de los oprimidos, y excluidos. La manifestación había comenzado y los tambores indígenas sonaron.

Alíen en lucha universitaria

Dedicado a los héroes mártires universitarios en la lucha

del seis por ciento constitucional para las universidades.

La vida y su expresión, el ser racional e irracional, es patrimonio no sólo de los terrícolas. En Marte, el planeta rojo, los seres

que habitan tienen una serie de valores y características muy idénticas a las nuestras que dan la impresión de que somos de la misma especie. El polvo rojo con su manto cubre una población que habita ciudades en las profundidades del planeta que tiene formas de pirámides, cuyas puntas se dirigen hacia el exterior.

Andut habita una de ellas: tiene conocimientos vitales sobre el universo y de la existencia de seres vivientes en muchos planetas. Igual que todos los habitantes —más de 26 millones— puede trasportarse de un lugar a otro dentro del planeta con solo proyectárselo en su pensamiento. Puede traficar en la superficie; desvanecerse en polvo rojo; y transformarse en cualquier objeto o materia; en rocas o cualquier irregularidad de la superficie.

Originarios del planeta Yeti, a multimillones años luz terrícolas, habían arribado a este paraíso en una de sus investigaciones estelares. Llenaba requisitos de supervivencia para los tripulantes ; habitaron aquí,porque no había opción; el convertidor ETR que transforma la luz de las estrellas en energía para la nave Tritón, se desajustó totalmente. Quedó irreparable aun para seres de extrema inteligencia.

La adaptación al medio recién habitado fue magnifico; se hizo un solo ser con el planeta rojo. De tal manera que, cualquier objeto volador no identificado que pasara cerca del planeta era localizado y debidamente estudiado. Así, recibieron las señales de idiomas y dialectos.

Sonidos vivientes, saludos terrícolas lanzados en sondas por la NASA y por la estación soviética MIR un día de tantos, modificaron, clasificaron, procesaron y aprendieron nuestras formas particulares de comunicarnos. ¿Atraer las sondas que transportaban los mensajes? ¿Desviaría su curso? ¡No!

Se tenía una idea clara y precisa que no se haría tal cosa. Si se desviara su rumbo, habría una curiosidad fundamentada para los que lanzaron la sonda amistosa y quedarían descubiertos. Cuando el explorador *Viking* mandó más de mil fotografías en 1970 al planeta Tierra, los habitantes intergalácticos del planeta

rojo pudieron percibir una nueva forma de trasformación. Era el tipo de ondas que viajara a través del espacio y llegara a la tierra.

Los grandes maestros científicos marcianos pensaron que todavía no era el momento oportuno de establecer contacto alguno. Entonces, se dedicaron al estudio pormenorizado de todo lo que provenía del planeta Tierra, y a experimentar comportamientos y actitudes humanas. Sobre la base de sonidos se podía convertir en el ser que lo ejecutó.Luego, volver a su estado natural:un ser cuyo cuerpo era un niño de 15 años de origen latinoamericano.

Por fin, de tanto esfuerzo lograron lo que marcaría un hecho trascendental en el desarrollo de su especie: se convertían en ondas que adecuadas a situaciones específicas, se incorporaban a las señales salidas de cualquier nave espacial como la *Viking*.

Al aterrizar el *Pathfinder en* la zona de Ares Vallis, después de recorrer más de 357 millones de kilómetros, desde que fue lanzada en el Centro Kennedy en Cabo Cañaveral, Florida, era una alternativa la salida del planeta.El deseo general era el de continuar habitando su planeta lleno de paz y tranquilidad. En cambio, era mínimo el porcentaje de marcianos que deseaban realizar este tipo de odisea a los cuales pertenecían científicos y ciudadanos con características propias de los nómadas.

La nave estaba rodeada de habitantes que se confundían con piedras y el polvo rojo. El regreso al planeta Yeti estaba a través de otro que serviría como puente el planeta Tierra; tenía un pequeño triángulo que servía de entrada al planeta Osir y de allí a casa.

El *Pathfinder* abrió una especie de puerta y de su interior salió el vehículo todoterreno, explorador*Sojouner*, nombre en honor de SojounerTruth, una mujer afroamericana luchadora por los derechos civiles. Se desplazó lentamente encima de la rampa hasta que sus diminutas ruedas hicieron contacto con la accidentada superficie hundiéndose un poco.

Andut fue el único escogido para trasladarse al planeta Tierra; encontrar la puerta tridimensional y transportarse al planeta Osir; y dar conocimiento de ubicación al consejo supremo interestelar R-3 en Yeti.

La espera no se prolongó por mucho tiempo; la oportunidad había llegado y debía aprovecharse al máximo. Las cámaras colocadas sobre el *Pathfinder* y el explorador *Soujuner*, transmitieron información a la tierra. La transmisión fue aprovechada por el joven Andut para penetrar el sistema complejo de comunicación y transmisión de la sonda y la señal de reconocimiento del planeta. Se mezcló y fue trasportado a la tierra.

La mezcla originó una falla repentina del sistema: dejó extremadamente preocupados al equipo científico de la Nasa que estaba pendiente en el distrito de Columbia. Millones de dólares perdidos como sucedió con el *Observer* a inicios de los años 90.

Que noticias tan malas para el omnipotente presidente de los Estados Unidos rondaban dentro de su masa encefálica. Esa impaciencia asumida por los científicos volvió a la normalidad. A esto se le denominó, dentro del círculo periodístico:desconecte del sistema del *Pathfinder* por ahorro de energía.

La noche marciana con su frio estremecedor para los aparatos terrícolas comenzaba. La información viajaba a una velocidad descomunal.Hasta que por fin la tierra. Al pasar las ondas de transmisión la exosfera terrícola, el viajero marciano se desprendió de la dirección que llevaba la onda original. Su cuerpo adquirió la expresión viviente que encontraba a su paso, cambiando constante de segundo en segundo, el ozono, después el aire que respiramos. Su cuerpo fue arrastrado por una corriente de aire huracanado del fenómeno del niño.

Visualizó en toda su extensión los mares, las pocas selvas aún existentes, las ciudades congestionadas de gentes y basureros. Los vehículos, edificios y con ellos, naturalmente, los adelantos de la ciencia terrícola. Y dijo:

—¡Qué seres extraordinarios!

Toda esa basta información fue acumulada en la estructura de su cuerpo; vio a lo lejos el volcán Momotombo y el Momotombito, el lago Xolotlán contaminado; la laguna de Tiscapa, Xiloa, Asososca, Apoyeque y Nejapa. Quedó fascinado y se dijo:

—¡Aquí es!

Aterrizó frente al centro recreativo *La Piñata* en una ciudad abandonada por el desarrollo,Managua, capital de Nicaragua. Era el domingo 4 de julio de 1997:la capital estaba convulsionada —igual que semanas atrás— por acontecimientos violentos entre estudiantes universitarios que luchaban por el cumplimiento del artículo 125 de la Constitución Política de la República. El artículo fue violentado por un gobierno imperioso, cargado de sobra y harto conocido, de intereses ambiciosos contra una clase pobre, extrema, excluida.

El artículo se refería al 6% del Presupuesto General de la Nación asignado a las universidades para sostener la educación de nuevos y futuros profesionales que bien pudieran, en futuro, impulsar el desarrollo científico y tecnológico. El gobierno de turno presidido por el recién electo presidente Klaus Potoy aplicaba aquella máxima: es más fácil dominar a un pueblo ignorante, hambriento que a un pueblo culto que sepa defender sus intereses.

El gobierno usaba un aparato policial denominado *Guardadores del Orden Público y del Derecho Constitucional*. Lo curioso del caso, radicaba en que el cuerpo policial era constituido por pobres con baja escolaridad, mal pagados, sobreexplotados. Eran los encargados de enfrentar a los estudiantes, su mismo pueblo.

Los enfrentamientos habían sido muy fuertes: la semana anterior con saldo de muchos heridos, presos, golpeados, intoxicados por los gases lacrimógenos. Las calles destruidas y apiladas por adoquines.

El cuerpo rojizo de Andut se contactó con la superficie terrestre. El montarascal marchito por el sol que se encontraba cerca

del enmallado frente al centro recreativo *La Piñata,* lo cubrió. Adquirió forma de arbustos: de un pequeño árbol de eucalipto.

Veía a través del enmallado frente al centro recreativo, el movimiento agitado y a veces sigiloso de personas y vehículos que eran alumbrados por unas lámparas entristecidas que bordeaban a ambos lados la avenida universitaria. Así, se convertía en cómplice de la penumbra y la claridad tétrica.

Las campanas de catedral dieron las nueve de la noche. Estaba asombrado. Sabía todo sobre este planeta y ahora se daba cuenta que realmente no sabía nada. Percibía todo y lo acumulaba en el interior de cada una de sus partículas anatómicas.

De repente, atónito: un borracho y una trabajadora de la noche se acercaron, murmuraron y susurraron cosas a veces incomprensibles. Ambos de común acuerdo: se quitaron la ropa, quedaron completamente desnudos ehicieron el amor. Luego, después de los movimientos convulsivos y contorsiones, quedaron sudorosos producto del roce de sus cuerpos. Los quejidos que vinieron del éxtasis fueron ahogados por el ensordecedor ruido que desprendían unos vehículos del mal llamado transporte urbano colectivo.

Continuaron palabras fuertes para decir algo:

—¡No jodásdiaverga, no agarrés la vara! ¡Me querés hacer la leonesa!

La trabajadora sexual reclamaba sus honorarios que el borracho se resistía a pagar en discusión. Al fin se pusieron de acuerdo: se vistieron con la ropa ajustada que traían puesta; en el sofoque las habían tirado encima de la tierra, cerca de mierdas de chanchos, perros, vomitadas de bolos y condones sucios. La pareja se ubicó en la entrada del centro recreativo; detuvieron un taxi y lo abordaron, dejando atrás una espesa estela de humo; se desplazaron con dirección del mercado *Israel Lewites*.

Amaneció… El sol con sus luminosos y hermosos rayos terminaron por consumir la oscuridad de la noche y con ello la alegría del ambiente. Él seguía allí absorbiendo cada detalle

de la cultura hiperactiva. Veía pasar de un lado hacia otro los vehículos raudos y ruidosos. Estaba alegre. Le recordaba a su planeta en los tiempos consumados por sus antecesores de cientos de generaciones atrás cuando no existía de forma efectiva grandes adelantos científicos.

Andut vivía adelantado —en desarrollo científico y tecnológico— millones y millones de años, en relación con la tierra, el planeta que ahora habitaba. No se explicaba, por qué se identificaba con el nuevo medio de vida en el que se encontraba viviendo.

Varios días acopló su cuerpo a la vivencias y condiciones ambientales terrícolas. Toda la mañana del día 7 de julio estuvo en el lugar donde aterrizó.Otra experiencia no entendió, pero identificó como encuentro cercano del tercer tipo. Fue un perro flaco y pulgoso que se le acercó, levantó su patita y le orinó. El árbol de eucalipto estaba completamente orinado. Y asimilo la información.

La tarde se posesionó del día. De repente, escuchó sonidos y estruendos diferentes a los que normalmente había escuchado. Eran morteros lanzados por los estudiantes y bombas lanzadas por la policía. El aire que se respiraba no era igual: estaba contaminado con gases de bombas lacrimógenas y paralizantes. Todo era confusión y se dijo:

—¡Qué medio más cambiante!

Vio que de un vehículo bajaban 100 seres extrañamente vestidos con atuendos que no comprendía por qué lo utilizaban. No conocía nuestras costumbres. Los seres vestían trajes como si viajaran fuera de la galaxia. Fue su primera impresión: lástima para élque se equivocaba. Eran los antimotines.

Andut asimiló la estructura de ellos: caminó llevando consigo aquel atuendo hacia la entrada del centro recreativo La Piñata. De repente escuchó una voz fuerte:

—¡Hey, vos!¿Quéhacés ahí hijuealasesentaputa? Vení para acá o es que te querés rajar, güevón de mierda.

Él no entendió la información, pero dedujo por intuición que

algo le reclamaban. Se convenció, cuando un antimotín le llamó con ademanes violentos para que se incorporara al grupo. Él le contestó a quien le gritaba:

—Espere jefe. Ya voy.

Se incorporó a la fila. Luego le ordenaron ubicarse de forma horizontal sobre la Avenida Universitaria.

El tráfico de vehículos desapareció. Recibieron la orden de avanzar contra unas barricadas de adoquines que resguardabanlos jóvenes; muchos con cara de niños y otros con rostros arrugados. Ellos arrojaban objetos; pequeñas rocas, palos y uno que otro morterazo. Los jóvenes detrás de las barricadas les gritaban:

—Ahí van tus cajetas hijuelagranputas, vendidos; la Constitución se respeta o la hacemos respetar… 6%,6%, 6% ¡Ya! 6%,6%.6%. ¡Ya

Los antimotines se cubrían con escudos protectores de plásticos transparentes; a la vez lanzaban bombas, gases paralizantes a los estudiantes; y estos retrocedían colocándose sus camisas húmedas de agua en el rostro.

Se formó una humareda de gases; el ambiente aunque tenso, se vivía euforia y alegría, y de igual forma se lloraba. Andut percibió dos cosas a la vez: el enojo y el pesar de sus compañeros que les reprimían en su actuación. Y seguía asimilando sensaciones y actitudes.

De repente, luchaba cuerpo a cuerpo. Los estudiantes de las Universidad Centro Americana, UCA; la Universidad Nacional de Ingeniería,UNI;la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, UNAN-Managua; UNAN-León;la Universidad Nacional Agraria, UNA, peleaban de frente con los antimotines y también daba culatazos, vociferaba palabras fuertes a los estudiantes. Ellos le contestaban con máspiedras, seguidas de palabras de alto calibre.

Diez antimotines le cayeron encima a Roberto Gutierrez, estudiante de la UNAN-Managua. Uno de esos antimotines era

Andut. Ya había asimilado el sentir,el accionar policial. De un momento a otro, sintió la imperiosa necesidad de experimentar cual era la sensación que sentían los estudiantes. Se trasformó en un clon de Roberto en medio del vergueo.

Nadie supo. Cuando los antimotines se percatan de la presencia de otro estudiante que pasa su barrera de protección y parecido al recién culateado,lo acorralan y le recetan una ración desmedida de golpes de cachiporra, culatazos con AKA 47, y una que otra descarga eléctrica con bastones. Le marcaron el cuerpo de puntapiés, pero no sufría. Sólo hacía gestos y pequeños quejidos como lo hacen los estudiantes acostados violentamente encima del adoquinado.

Andut se burló de ellos y les sacó su rojiza lengua. Eso arrechó mucho más a los antimotines y lo arrastraron un buen trecho. Atrás quedó sangrante y moribundo encima del adoquinado el joven Oscar Pérez.

Andut aventó violentamente a sus captores y corrió, desesperadamente,con dirección de los otros estudiantes que resistían los embates agresivos de la policía.Llegó cerca del portón principal de la UCA. Andut ya había asimilado la situación de ambos bandos en conflicto. Los estudiantes y la policía, recordó…

Cuando el equipo de viajeros llegó a Marte y se dijo como un susurro:la vida como todo proceso de constantes cambios es una incesante lucha a favor del bien común.

Se detuvo cerca del semáforo bajo de un árbol de acacia florecido;miró a ambos lados de la avenida y apreció en las instalaciones de las universidades, muchas personas tan llenas de vida, joviales y con muchos ideales. Cada uno de los seres humanos tenían un aura radiante que sumaban una estela de solidaridad y a todos ellos quería conocer a plenitud.

Tres caminantes pasaron cerca: uno de ellos se apoyaba en los otros para no caer. Iban golpeados y manando gotas gruesas de sudor, agua, lágrimas y sangre. Se dirigían a sus respectivos

hogares, mientras que la lucha estudiantil quedaba atrás como una nueva ofensiva policial.

Él les acompañó un buen trecho: bordearon la rotonda *Rubén Darío*; siguieron con dirección de la laguna de Tiscapa y apreció las hermosas palmeras y cocoteros que se anticipaban a la majestuosa Catedral Metropolitana de la Inmaculada Concepción de María de Managua.

Llegaron al mirador a orillas de la carretera; lo que se apreciaba era fenomenal. Los estudiantes solo platicaban del legítimo derecho del 6% del Presupuesto General de la República para las universidades pertenecientes al Consejo Nacional de Universidades, CNU.

Él solo se remitía a escuchar la conversación; los muchachos se despidieron y la joven le dio unas palmaditas en la espalda,diciéndole:

—Nos vemos mañana en la manifestación estudiantil.

Andut sonrió y le dijo que siempre estaría con ella. Él miraba la laguna con mucha ternura; con la ternura de un niño recién nacido; saltó la pared enmallada de protección. El vigilante municipal que estaba escondido en unos matorrales como a 10 metros de distancia le gritó:

—¡Hey, vos! ¿Adónde creés que vas hijuelagranputa?

Andut sintió temor y corrió por un caminito bastante accidentado, sinuoso;el vigilante venía detrás a escasos metros corriendo, gritando:

—Parate ahí, parate, jodido o te palmo.

A la vez disparaba ráfagas con un AKA-47 sin dar en el blanco móvil. Los arboles le cubrían su cuerpo ahora rojizo; había esquivado a su captor.

El ruido de sus pasos se hacía uno con el canto de los pájaros. Estaba alegre a orillas de la laguna; había encontrado la puerta de entrada del planeta Osir. Revisó veloz y calculadamente el espacio, el horizonte y quedó un momento atónito, perplejo,

viendo la figura del General de Hombres Libres, Augusto Nicolás Calderón Sandino. Le pareció conocida, para posteriormente introducirse al agua; no habían pasado ni tres segundos cuando una mancha rojiza sobresalía del centro de la laguna y desapareció como por arte de magia.

Atrás dejó activada la falla Tiscapa con un 4.5 en la escala Richter de pocos segundos y un enjambre de temblores que estremeció la capital, Managua.¿Prefirió la tranquilidad a lo impredecible de nuestro planeta? Quizás Andut regrese algún día y nos dé la respuesta.

El susto

El sonido de grillos y sapos del charco cercano se mezclaba con el segundero del reloj. La noche acariciaba y aquella quietud del vacío que produce el no escuchar autos alegraba la estancia; el parqueo del automóvil no se desprendía aún del calor de los que hasta hacía pocas horas, habían llegado.

La calle principal de Villa Libertad que lleva al colegio del mismo nombre estaba árida y sólo el correteo de un joven de escasos 16 años, cadavérico, violentaba el silencio, esperando de lejos y acercarse, si fuera el caso, a algún transeúnte para pedirle dinero y así recolectar para comprar droga.

Un grupo de pandilleros se acercó; jóvenes voces cada vez, vomitaba el andén cercano y de repente una piedra salió con dirección al joven que correteaba al ir y venir por la calle. El joven corrió veloz y se internó en un callejón de tierra que lleva a Laureles Sur; la piedra fue a dar con violencia a una camioneta de ventanilla ahumada y le quebró el vidrio delantero.

Los jóvenes al ver el hecho salieron en desbandada buscando algún mentidero en la oscuridad; solo los trozos de vidrios quedaron como recuerdos de una noche pintoresca de actividad juvenil.

José Moya,el famoso *Pájaro*,el vigilante de casa comunal, no pudo hacer nada; el hecho fue tan rápido que nadie le pudo echar el guante, y quedó viendo la desgracia también. Él pagaría el daño. Se agarró el entrecejo y se puso a llorar: y ahora ¿qué le digo a mi jefe?

De repente, un vehículo comenzó a pitar para que el portón se abriera; Moya solo pensaba en el auto; se sentía mareado; sentía que una llamada telefónica le llegaba al oído. Recapacitó, abrió los ojos que desde hacía poco había cerrado y abrió el portón principal.

—Idiay,¿qué te pasa? Parece que has tenido un buen susto.

—¡Sí,hermano, lo he tenido! Entra, por favor.

Un chirrido metálico y un fuerte acelerón,se escuchó; luego, un suspiro de calma se llevó el viento.

Una familia numerosa

—Querido tío, venga, hacía tiempo que no le veía. Entre.

La puerta del vehículo se abrió. El señor sorprendido por la invitación pensó en su familia numerosa y disgregada por todo el país. La mujer esbelta y de lindo hablar, le hipnotizó con sus encantos; de tal manera que, cuando se percató ya estaba a la par de ella sentado en el asiento de pasajero.

—¿Cómo has estado, tío? Tengo tiempalales de no verle. ¿Y para dónde se la lleva?

Don Matías todavía sorprendido, cavilando sobre quién era la mujer, le contesto:

—Iba a casa, ya que había salido del colegio técnico cercano.

—Eso me encanta tío, siempre usted aprendiendo algo.

En el retrovisor del auto una mirada penetrante veía a los ocupantes. El vehículo siguió la avenida principal de Ciudad

Sandino y se enrumbó al parque central.

—Tanto tiempo, pero para que mire que no lo hemos olvidado.

Dócil y sin aspaviento la dama sacó de su cartera 200 córdobas y se los entregó al señor, quien dando gracias, dijo:

—Dios, te mandó en mi camino sobrina.

La plática durante el recorrido fue variable en temas. De pronto, la mujer quedó pensativa: unos ojos cruzaron miradas en el retrovisor.

—Ahorita vamos donde el padre Estebes; dice que él tiene unos productos bien baratos. ¿Qué le parece si suma lo que le di con lo que usted lleva y veremos qué podemos comprar?

Tan impresionado estaba de los halagos recibidos que el estudiante entrado en años, sacó su humilde cartera de cuero y abriéndola se dedicó a contar lo que llevaba más lo regalado. Luego le dijo a la mujer de tez blanca y ojos negros:

—Por todo llevo 635 córdobas.

—Creo que con eso podemos comprar muchas cosas —dijo con una sonrisa perspicaz, la mujer.

—Si gusta me lo da.Preste.

Con una velocidad y gran astucia, el dinero cambio de manos. Matías ilusionado pensó que compraría algo bueno. El vehículo siguió su trayecto; las conversaciones también. Risas encontradas; chiste, sucesos ajenos personales salieron relucir.

—Tío disculpe, ya me acordé; tengo que regresar. Ala…que vaina. A ver, por favor, detente ahí —le dijo al conductor—. Tío, si gusta bájese y me espera en esa banca; ya regreso. No tardo mucho. No se preocupe.

Y debajo de un árbol de Nancite, Matías quedó. Elvehículo arrancó. Se escucharon acelerones. El señor sólo vio como en una esquina desapareció. Todavía impresionado, por lo sucedido. Llevó las manos a su cartera y fue allí donde se percató.

—Hombre, jodido me robaron. Entre más viejo, más pendejo.

Se rascó la cabeza. Metió la mano derecha a la bolsa de su guayabera blanca y sacó unas monedas; las contó.

—Por lo menos me quedó lo del bus —dijo.

Matías, todavía asustado, veía a las personas en la parada de bus; en ellas, imagina un próximo timador y a la avenida principal el carrerío, pidiendo a Dios haberse equivocado.

¿A dónde vas?

—¿A dónde vas? —preguntó el pequeño a su padre.

Él le vio con unos ojos brillantes, ardientes. Se acercó con delicadeza; le abrazó fuerte, dándole un beso en la frente. Sólo la puerta se escuchó al cerrarse.

—Papi, Papi, Papito —decía el niño, como queriendo detenerlo.

Así fue su amor paterno; solo, dentro de cuatro paredes; fuera de ellas, no le conoció jamás.

El caminante

El hombre bajó de la montaña San José.Nadie de sus amigos de parranda le acompañaba. Ni su perro Tobi, que lo había dejado en casa por la mañana.

Estaba seca la tierra: los pocos árboles que se contaban encima de ella eran como esporádicos puntos verdes que se habían salvado por el despale indiscriminado la semana anterior.

Ululaba el viento y vertía ráfagas fuertes que pegaban en la frente del señor *maistro fajineador*, Prudencio Herrera, haciendo revolotear su pelo largo que sobresalía bajo su gorra roja, rota. El hombre, con su ropa harapienta pegada

al cuerpo por el sudor, presumía un cansancio mayúsculo.

Sí, el hombre había bajado de la montaña por un camino lleno de zarzas y piñuelas secas por el tiempo y por el solazo encanchimbado del verano. Él pensó que sino ha sido porque tenía los caites que le había regalado tío Pancracio, se le habría complicado la vida.

Vio a lo lejos el diminuto caserío con sus techos de palmas y sus paredes de bambú. Escuchó varios gritos oracionales que se escapaban de aquellas casuchas. Por decir algo:¡dejen de joder que tengo sueño! Los perros ladraban y sucedían tantos matices en cualquier pueblo como éste, impreciso, alejando de la capital.

El hombre agotado de caminar, se detuvo cerca de un peñón próximo a convertirse en terrón. Se sentó en él: giró la testa y apreció el desastre que había dejado atrás lo que antes fue una hermosa montaña, que llenaba de alegría la selva. Era como un próximo desierto. De sus ojos brotaron lágrimas: ¡Hijuelasesentaputa, jodimos la mierda!, se dijo.

Con sus manos callosas tocó su rostro indio, estupefacto. Cerró sus diminutos ojos negros; pensó que al abrirlos de nuevo, esa visión de la realidad cambiaria. Pero nada; ahí estaba la destrucción. Todo había sido por hacer leña; esa bendita leña que se utilizaba para hacer fuego en las cocinas de las casas del pueblo.

En ese momento deseó aprender algo que lo llevara a una nueva forma de producción de energía.Pero, ¿quién le enseñaría? El hombre pensativo vio a su pequeño pueblo verdoso por sus incontables árboles y dijo mordiéndose con violencia el labio inferior: qué cagada, que contraste.

Se puso en pie y siguió caminando por ese camino más viejo que el pinol que lleva al caserío Buena Esperanza y se dijo así mismo: tendré que ir a la ciudad y buscar, como sea, a alguien que tenga conocimiento sobre el medio ambiente y nuevas formas de obtener energía para la cocina; y que me ayude para

que mi pueblo y la montaña boscosa siga existiendo.

El hombre maltratado por los años y por el sol, siguió pensando y ala vez que caminaba, una sombra chaparra y debilucha, le seguía como borracha que de vez en cuando pateaba una de las piedras que encontraba a la orilla del camino

Atentado presidencial

—¿Puedo entrar?

—Ah, ¿usted viene al acto del presidente Bonilla?

—Sí, claro.

—Pase, no faltaba más. ¿Ve al grupo de personas?

El vigilante le vio fijamente, el rostro de sufrimiento y desvelo del día anterior. Se notaba por sus pronunciadas ojeras.

—Deme su cédula.

Requisado con instrumento para detectar metales, el visitante caminó por el pasillo, donde el grupo de personas platicaban tranquilamente. Algunas risas nocivas se escapaban de vez en cuando.

El vigilante vio al hombre de tez, morena, de 1.65 metros de altura, que vestía de *blue jean* y camiseta amarilla y se perdía en la multitud. Alberto tenía la misión de observar a todos los invitados de la inauguración del departamento de computación recién donado por Corea del Sur.

Una leve llovizna caía dócilmente… Cuando se tuvo la idea clara de que la actividad sería un fracaso, las nubes oscuras fueron desplazadas por una corriente de aire que procedía del lago Xolotlán.

Llegó al parqueo de automóviles, pero ninguno había: lo planificado era la realización del acto central. El podio, ubicado a la derecha de la tarima; en el centro, unas mesas y

sillas ordenadas debidamente, esperaban el calor humano.

Los trabajadores del lugar se prestaban condescendientes y cooperaban acomodando debidamente las sillas. El Consejo de Dirección del Centro de Capacitación Profesional daban las últimas orientaciones: ubicación de parlantes, controles de sonido y finiquitando los detalles de inicio y fin del acto. Todo debía ser impecable.

El vigilante estaba preocupado; la seguridad presidencial ahí, desde la noche anterior: orientaba algunos detalles para la protección de la vida del presidente. Él fue destinado por el Consejo de Dirección como la contraparte; su trabajo era también la seguridad del presidente.

Nunca había tenido semejante responsabilidad. En sus últimos trabajos fue vigilante de un parqueo de vehículos en la casa comunal de Villa Libertad y de una empresa de galletas recién cerrada por evasión fiscal. Pensó que si lo hacía bien, podría obtener aumento o alguna promoción de cargo.

Ahí estaba por cualquier movimiento sospechoso. Se ubicó frente a la tarima y dio la Bandera y Escudo Nacional a Victorino López para que la ubicara correctamente. De reojo observó todo a su alrededor: su mirada se detuvo en el invitado de camisa amarilla y de rostro indígena que se tocaba el cinturón y amasaba su estómago. Deslizó la mirada hacia el director que le llamaba y volvió su mirada inquisidora hacia el visitante.

—Ya voy señor.

Isidro Pérez era el visitante: tenía unas arrugas en el pómulo derecho y, su rostro indígena chupado por los años, denotaba desesperación. Veía todo los movimientos de los trabajadores: analizaba quiénes eran policías encubiertos y personal de seguridad presidencial. Se acercaba tranquilamente a un grupo cualquiera que hacían tertulia y escuchaba la conversación con una sonrisa de condescendencia a lo que hablaban. Luego se retiraba. Daba la impresión que no conocía a nadie en el lugar.

—Alberto ¿qué te pasa? —preguntó el director, Juan Montes.

—Veo algo sospechoso— respondió.

—¿A qué te refieres?

—¿Ve el hombre de camisa amarilla?

—¿Qué le sucede?

—Sí, mírelo.

Isidro se desplazó lentamente hacia el comedor cercano; dio varias miradas venadiles y luego sonrió; regresó y se colocó encima de una jardinera a la par del rótulo que decía *basura orgánica*.

—Seguilo. Cualquier cosa nos avisás. ¿Vos tenés su cédula?

—Sí, la dejo al entrar.

—Ok, es todo tuyo. No la caguemos. Mucho cuidado.

El reloj marcaba las 11:15. El presidente no había hecho presencia; el estacionamiento lleno de sillas y personas. Muchas de ellas en pie. Los artistas en una oficina estaban nerviosos y a la vez enojados por la larga espera. La hora nica tenía que preservarse. El portón como a 15 metros de distancia fue abierto: un vehículo Mercedes Benz polarizado entró lentamente, escoltado y a medida que avanzaba los estudiantes del centro de capacitación saludaban a los pasajeros.

En una parte del estacionamiento, cerca del árbol de Laurel de la India se detuvo y un miembro de la seguridad abrió la puerta lateral trasera. Salió el presidente: su vejez denotaba juventud y su carisma para sonreír se unió con un saludo a los presentes y su gesto evocó aplausos.

Los miembros de la institución y del Consejo de Dirección se abalanzaron a saludarle, recibirle y cargarle sus delicadas manosy llevarlo cuidadosamente a la tarima. Alberto se acercó poco a poco a Isidro y le metió plática.

—¿Parece que está nervioso, amigo?

—¡No, no es eso; tengo sed de justicia!

Pasmado por la respuesta, caminó hacia el responsable de recursos generales, Néstor Martínez, y le comentó lo que había escuchado.

—A la puta, otro leonés; otro Rigoberto López Pérez. Qué bárbaro, sácalo, sácalo de aquí. Nos puede meter a problemas. Quizás no ande solo. Ya me lo había comentado el director.

—Pero mire, ahí están los ministros cerca, se pueden chivear; mejor lo vigilo de cerca y se soluciona cualquier situación. ¡Yo lo detengo por cualquier aleteo!

En el comedor un grupo de mujeres, encima de bandejas de plata colocaban gaseosas y reposterías de alta calidad. Luego esperaron a que llegara la orden y repartir. El acto central comenzó una hora después de lo debido. El Himno Nacional colmó de entusiasmo juvenil todo el lugar. Los invitados especiales y el Consejo de Dirección del centro presidian el acto y se notaba como unas miradas escrutadoras veían todo: era la seguridad presidencial que estaba atenta a cualquier atentado.

Luego de las palabras de bienvenida del director y del donante coreano; las palabras del presidente llegaron con aquel mensaje que sólo la nueva era pudo hacer esa obra. Y solicitó comprensión y calma para que el desarrollo del país fuera dándose paso a paso. Al final, como de costumbre para estos eventos, una ovación de aplauso y gritos de: ¡Pie piea jodido! A la vez, explotaban sartas de cachinflines, bombas, morteros y cohetes.

Isidro estaba nervioso; veía a todos lados como esperando que algo sucediera; y no pasaba lo que esperaba entre la multitud; sólo vio a una de las meseras que llevaba una de las bandejas relucientes.

En ese momento, Isidro saltó veloz de la jardinera al suelo adoquinado y corrió hacia la multitud que veía al presidente. Alberto, viendo el salto, corrió a encontrarse con él. La

multitud les detenía sus pasos. De repente, la mano derecha de Isidro se tocó levemente el estómago, mientras que su izquierda señaló al presidente.

Alberto se le tiró encima: con técnicas de defensa personal lo maniató rápidamente. Las personas, llenas de pánico, gritaron, y la seguridad presidencial hizo un escudo humano; todos los invitados gritaban y se abrazaban con el adoquinado. Se esperaba lo peor.

Estaba alegre: había logrado su propósito. En su interior, se decía haber salvado al presidente de un acto terrorista. Las cámaras de televisión y periodistas enfocaban sus ojos al suceso. Isidro besando el adoquinado, sólo decía entre dientes.

—¿Qué pasa? ¿Están locos? ¡Yo sólo quería mi refrigerio! !Yo sólo quería mi refrigerio! —repetía, mientras las lágrimas salían de sus ojos negros.

Alberto se quedó estupefacto: registró al capturado y no pudo encontrarle ningún arma, menos un mísero cuchillo.

—¡Señor, presidente! ¡Señor, presidente, ayúdeme! —decía Isidro recostada su testa de pelo chirizo en el adoquinado.

Rápidamente, la escolta presidencial se hizo cargo de la situación y llevaron a Alberto e Isidro a un lugar distante y seguro. Atrás había quedado la conmoción.

—Qué hiciste, muchacho, la cagaste; el hombre sólo quería refrigerio. Tenía hambre —dijo el agente de la seguridad presidencial.

Alberto ahora estaba callado, lloraba y sólo decía:

—¡La cagué, la cagué toda! ¡Qué mierda que soy! Hasta aquí llegó mi carrera profesional.

A la mañana siguiente, los periódicos de cobertura nacional, en primera plana titulaban: *El presidente víctima del terror*; *Atentado criminal contra el Presidente de la República, j*unto a las fotografías del héroe del día y una historia que ni los cuentos de *Pancho Madrigal* o *Lencho Catarrán* le llegaban en ficción.

Isidro Pérez yacía detrás de unas rejas todavía con apetito, escuchando la plática de su compañero de presidio que tenía diez años de estar encerrado por robarse un gallo. Mientras en la celda vecina, el expresidente de la República Klaus Potoy acusado de corrupción, nepotismo, malversación de fondos públicos y terrorismo de estado, desayunaba frijoles fritos con crema ácida, bastante cebolla frita, y tortillas comaleras calientes y café con leche. Plácidamente, viendo el celular, presumiendo que esperaba llamada de Panamá.



A Uriel Benito Sánchez Galo (León, 20 de febrero, 1967) lo conocimos en su primera publicación «Niños de la calle y otros poemas» (2011), a través del cual evoca la vida de la calle atestada de niños en la intemperie. Cuenta en lenguaje coloquial, el diario duro vivir de una niñez en la desolación y la desesperanza.

Ahora nos presenta «Alien en lucha universitaria: cuentos de la historia reciente», una colección de 16 cuentos, breves unos, y extensos otros, donde la vida fluye en los basureros, la nostalgia de la casa, las labores en la minería, el amor y la traición en las parejas, la ingratitud de las malas experiencias, la belleza de un balneario desconocido, y la actitud del padre irresponsable frente a su hijo.

La obra también recoge la tradición oral leonesa, donde descubrir y encontrar el Punche de Oro, significa resolver las vicisitudes de la pobreza de una clase política que se debate en la ignorancia y la poca beligerancia. Asimismo, la experiencia militar de la guerra de los ochenta tiene cabida a través del grupo de combatientes que esperan la caída del avión para poner en prácticas sus estrategias aprendidas.

También, «Alien en lucha universitaria: cuentos de la historia reciente», aborda los problemas de la inmigración y sus funestas consecuencias en la vida familiar y de parejas; la lucha del gremio médico y estudiantil nicaragüense por defender sus derechos para mejorar sus salarios, por un lado, y garantizar sus estudios, por otro.

En fin, este libro de cuentos, escrito por Uriel Benito Sánchez Galo, escrito en lenguaje sencillo, coloquial y popular, y sin alardear del uso de técnicas narrativas, tiende una mirada compasiva a los estratos marginales de la sociedad nicaragüense para ofrecerles un lugar dentro de la literatura leonesa y nacional.

Pedro Alfonso Morales, Telica, 05 de noviembre, 2015.